

Pedro Muñoz Seca

LOS FRESCOS

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1923

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, nm. 24

1923



Digitized by the Internet Archive
in 2014

Los frescos

Los frescos

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los frescos

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

DE

Pedro Muñoz Seca

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA
de Madrid
el 11 de Diciembre de 1922



MADRID

Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.
Teléfono 18-40

1922

Los Angeles

1907

THE CITY OF LOS ANGELES

Public Works Department

Office of the Engineer



City Engineer

*A mis queridos amigos y paisanos
Manolo Pico (que va a cumplir los se-
senta y nueve años), Javier Jiménez,
Ramón Varela y Fernando Puente.*

Reparto

PERSONAJES

ACTORES

ADELA...	María Guerrero.
FELISA...	Elena Salvador.
CANDIDA...	Mariquita Guerrero.
BEATRIZ...	María Hermosa.
NINON...	Ana Guerrero.
JUANA...	Amalia Ferris.
ELISA...	Mariana Larrabeiti.
PEPE...	F. D. de Mendoza.
ROQUE...	Pepe Santiago.
BLAS...	F. D. de Mendoza.
LUIS...	Carlos D. de Mendoza
REMULLER...	José Capilla.
MARCIAL...	Luis G. Ortega.



ACTO PRIMERO

Una habitación de paso en casa de Adela Losadilla, viuda de Correzana. En cada lateral una puerta. En el foro amplio medio punto que da acceso a una galería, que se pierde en ambas laterales. La habitación y la galería están amueblados y decorado con tanto gusto como riqueza. La acción en Madrid, en el mes de octubre Epoca actual.

(Al levantarse el telón están en escena ADELA, JULIA, CANDIDA, BEATRIZ y ROQUE. Adela, la dueña de la casa, es una señora como de cuarenta y cinco años, de muy buen ver, nerviosa, inquieta y distraída: de esas personas que están hablando de una cosa y pensando en otra. Felisa, que está en la casa de visita, es otra cuarentona, guapísima y elegantísima. Cándida y Beatriz, hijas de Adela, son dos muchachas de veinte y veintidós años, respectivamente, y Roque Zaldívar, el mundano y simpático Roque, elegante cincuentón que procura disimular el medio siglo, muy tenue, velada y suavemente; es un hombre afeitado, poseído, hinchado, encorselado, atildado y un si es o no es amanerado. Como durante su vida ha bebido mucho y ha abusado bastante del físico, le tiemblan un poco las manos y la cabeza y hasta la voz, sobre todo cuando emplea la muletilla de «eso es». La primera e de «eso es» es tan larga y arrastrada como temblorosa.)

Adela

Veo, señor Zaldívar, que a Felisa no le falta razón cuando asegura que tiene usted opiniones muy singulares sobre las cosas.

Roque

Pues en este caso concreto...

- Adela** ¡Ay, perdónenme!... Toca tres, Cándida; tengo que dar un recado urgente, con el permiso de ustedes...
- Felisa** ¡Por Dios! (*Cándida oprime tres veces el botón del timbre.*)
- Adela** (*A Zaldivar.*) ¿Y qué decía, qué decía?... Le he cortado el hilo...
- Roque** Decía que en este caso concreto mi opinión es vulgar, de lo más vulgar; es, vamos, de lo que diríamos... vulgar.
- Felisa** Tú no eres vulgar nunca, Roque. Lo más vulgar adquiere en ti la distinción necesaria para dejar de serlo.
- Adela** ¡Oh!
- Roque** Gracias, Felisa; muy amable, muy amable. Pero, vamos, quiero decir que yo soy demócrata porque...
- Adela** (*Al ver a ELISA que entra en escena por la puerta de la izquierda.*) Un momento... Perdóneme...
- Roque** No faltaría más... (*Inquieta y mareante es la señora.*)
- Adela** (*A Elisa, doncella de la casa.*) Oiga...
- Elisa** Señora.
- Adela** Pregunte por teléfono a casa de los marqueses de Camino del Río que cómo sigue la señora.
- Elisa** Sí, señora.
- Adela** Camino del Río, ¿eh?
- Elisa** Sí, señora.
- Adela** Y cuando venga Melchor con las nueve macetas, que no las ponga en el «hall» a su capricho, sino que me avise.
- Elisa** Sí, señora.
- Adela** ¡Ah! De paso diga a Sarazasola que lleve el «Hispano» a casa de Vives para que le arreglen lo del manillar.
- Elisa** Sí, señora.
- Adela** Y no olvide lo de los marqueses.
- Elisa** (*Disponiéndose a hacer mutis.*) No, señora.
- Adela** De camino...
- Elisa** De Camino del Río, sí, señora.
- Adela** Digo que de camino avise a la Central para que vengan a componer el aparato de mi cuarto.
- Elisa** Sí, señora... (*Se va por el foro izquierda.*)
- Adela** Tiene una que estar en todo... Perdóne nuevamente... ¿Y qué decía usted de... de eso?

- Roque** ¡Ah! Decía que yo soy demócrata, porque los cauces... ¿Eh?
- Adela** Sí.
- Roque** Los cauces de los tiempos modernos conducen... ¿eh?... ¡Eso es!... Ahora que mi democracia es... especial, muy especial. Es lo que diríamos una democracia... especial.
- Adela** (*Inquietísima.*) (Me pone nerviosa este señor.)
- Felisa** (*Muy ufana.*) Ya lo oyen ustedes: una democracia especial.
- Adela** Sí, sí.
- Roque** Sí, porque yo soy partidario del igualitarismo.
- Adela** Sí.
- Roque** Pero escalonado.
- Adela** Sí, sí.
- Roque** Ni castas, ni especies, ni clases: escalones, planos distintos y superpuestos; vamos, lo que diríamos... escalones.
- Adela** Sí, sí, eso; escalones, escalones; ya está dicho: escalones.
- Cándida** (*Aparte, a Beatriz*) Jesús, como está hoy, mamá.
- Beatriz** Ya veo, ya; está disparada.
- Roque** Porque es lo que yo digo, señora.
- Adela** ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?... ¿Qué dice?... A ver, diga, diga...
- Roque** ¿Pueden ser iguales los pobres y los ricos? ¿Eh?
- Felisa** ¡Por Dios! ¿Verdad?
- Roque** Pues si no pueden ser iguales, aquí de mi teoría: igualdad, «in partibus», que por algo se empieza: escalones.
- Adela** ¿Cómo? ¡Ay, no comprendo!... Diga, por Dios. ¡Jesús!...
- Roque** Dividamos a la Humanidad en dos grandes sectores: pobres y ricos, y dentro de cada sector, igualdad absoluta, ¿eh? Todos los ricos, iguales, y todos los pobres, iguales. (*Satisfechísimo.*) ¿Eh?... ¿Eh?...
- Felisa** Está muy bien, ¿verdad?
- Adela** Sí, sí, sí, sí... ¡Ya lo creo!...
- Roque** Y entre los dos grupos, cariño y respeto. Lo que yo digo a mis subalternos... eso es. Ante mí no hay que cabizbajarse, pero tampoco hay que cabizcubrirse; democracia, pero respeto. Yo soy siempre el señor: niveles, escalones. ¿Eh? ¿Está bien?

- Adela** ¡Oh!... ¡Oh!...
- Beatriz** ¡Ya lo creo!
- Cándida** Muy bien.
- Felisa** ¿Quién lo duda?...
- Roque** Pues esto mismo lo he dicho yo en el Senado y se me han reído, se me han reído...
- Adela** ¿Es posible?
- Roque** Sí, señora; se me han reído. ¡Hay tanta incultura!...
- Adela** ¡Por Dios! Miren que reirse... ¡Ay! Toca uno Beatriz que ahora recuerdo... (*Beatriz obedece.*) Vuelvan ustedes a perdonarme.
- Felisa** ¡Mujer!... Tú siempre tan inquieta, tan fuguilla... (*A Roque.*) Es una puro nervio.
- Roque** Ya veo, ya veo... Es un temperamento nervioso, muy nervioso; es lo que diríamos un temperamento...
- Adela** (*Disparada.*) Nervioso, nervioso, nervioso.
- Roque** Eso es.
- Juana** (*Por la derecha.*) Señora...
- Adela** Ah, Juana, oiga usted; cuando traigan luego del guardamuebles los tapices, que pongan en los cuartos de arriba los de los cuartos de abajo
- Juana** Bien.
- Adela** El persa del «hall» en el comedor.
- Juana** Muy bien.
- Adela** El del billar en el «hall».
- Juana** Bien, muy bien.
- Adela** El del oratorio en el billar.
- Juana** Bien.
- Adela** Y en el oratorio el rojo ese grande de Tarancón.
- Juana** Muy bien.
- Adela** Muy bien.
- Juana** (*Volviéndose al hacer mutis.*) Bien, muy bien. ¡Ah! Han traído el diván.
- Adela** ¿Qué diván?
- Juana** El que mandó tapizar la señora.
- Adela** ¿Pero ya tapizado?
- Juana** Sí, señora.
- Adela** ¡Dios mío! Pero si yo no he escogido aún el color de la tela. ¿De qué color lo han tapizado, criatura?
- Juana** Del que me dijo la señora.
- Adela** ¿Yo?
- Juana** Recuerde la señora que me dijo lila.
- Adela** Y se lo vuelvo a decir a usted, pero refirién-

dome a usted y no al terciopelo. ¡Jesús! ¡Váyase, váyase!... ¡Ah! Avíseme cuando venga la modista... (*Se va Juana por la derecha.*)
¡Un diván, lila!... ¡Qué ocurrencia!... Nada, está una en todo y al menor descuido... Perdónenme, por favor...

Roque

Señora...

Adela

(*A Roque.*) ¿Y qué decía usted de eso de la democracia, digo de los escalones?...

Roque

Pues ya he dicho...

Adela

¡Ah, sí! Ya recuerdo. No era eso lo que yo quería preguntarle; era otra cosa...

Roque

Diga, diga.

Adela

Quería saber, si la pregunta no es indiscreta, por qué no usa usted nunca el título que heredó de sus antepasados. ¿Es, quizá, que sus ideas democráticas?...

Roque

¡Qué disparate! Nada de eso. Yo creo que el que nace conde, ¿eh?, nace conde. Es como el que nace rubio o aguileño, que nace rubio o aguileño... eso es. La verdadera democracia, ¿eh?, la verdadera democracia es compatible con eso y con lo otro y con aquello... eso es. No es eso, no... eso es.

Adela

¿Cómo? ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué dice usted? ¡Por Dios!...

Roque

Digo que no uso el título de conde que me legaron mis mayores por una razón... cacofónica. Vamos, por... cacofonía. Por lo que pudiéramos llamar... cacofonía.

Adela

(*Saltando en la silla.*) ¡Sí, sí, sí!... ¡Ya! Sí.

Cándida

Es un título muy antiguo, ¿no?

Roque

¡Oh! Muy antiguo. De cuando la conquista del Perú, en la América del... del... eso es. Uno de mis antepasados, don Ampelio Zaldívar de la Escosura y Aljaraque, ¿eh?

Adela

Sí.

Roque

Ganó una batalla a orillas del río Chacachaca, y por su heroísmo... eran veintitrés contra catorce mil indígenas...

Felisa

¡Qué horror! ¡¡Catorce mil e indígenas!! Como quien no dice nada.

Roque

Pues por su heroísmo, el Rey don... don... eso es, le concedió el título de conde de Chacachaca... Cacofónico, muy cacofónico.

Beatriz

Pues a mí me parece muy bonito. ¡Chacachaca!

- Felisa** ¿Verdad que sí? Yo no le veo la... suciedad por ninguna parte.
- Roque** ¿Quién habla de eso Felisita? ¡Por Dios vivo!...
- Adela** Me parece que a su futura esposa le gustará que la llamen condesa. ¿Me equivoco?
- Felisa** No, Adela; no te equivocas, confieso que ha de gustarme.
- Roque** En ese caso usaré el título con mil amores.
- Felisa** Gracias, Roque; muchas gracias.
- Roque** Si en puridad ¿eh?, en puridad decidí no usarlo—y veo que hay que contarlo todo—no sólo por la cacofonía, sino porque mi pobre padre, que en gloria esté, lo puso un poco en ridículo...
- Adela** ¿Es posible?
- Roque** Era algo cegato, le gustaba actuar de chófer, y es claro, salía a atropello diario y a descacharramiento semanal.
- Adela** Sí, sí; ya recuerdo yo haber oído hablar...
- Roque** Se hizo célebre en Madrid. Una vez se estrelló contra un tío vivo, otra contra un aguaducho, otra contra un poste... y lo que pasa ¿eh?, lo que pasa; en la Peña, en vez de llamarle Chacachaca, empezaron a llamarle Chocachoca y cuando murió le pusieron Chocachoca hasta en las esquelas.
- Cándida** ¡Jesús!
- Roque** Por eso yo me dije: A mí, no. A mí, no, ¿eh? A mí no y... eso es.
- Felisa** ¡Bah! ¡Quién se acuerda ya de eso!... ¿Verdad?
- Adela** ¡Claro! Con no chocar usted...
- Felisa** Eso digo yo.
- Beatriz** ¿Y para cuándo es la boda? . . . Digo, si puede saberse.
- Roque** Por mi parte, en seguida, señora; en seguida; pero Felisa obstaculiza, melindrea...
- Felisa** Nada de eso; no hagan caso.
- Roque** Sí, sí; obstaculizas, melindreas y eso no está bien cuando se trata ¿eh?
- Adela** ¡Claro!
- Roque** Cuando se trata de, de...
- Adela** *(Nerviosísima.)* Sí, sí, sí...
- Roque** Cuando se trata de... convertir nuestro Otoño en una... ¿eh?... en una... en una...
- Adela** *(Saltando.)* Sí, primavera, primavera, primavera.

- Roque** E... eso es.
- Cándida** (*Reprendiéndola.*) ¡Mamá, por Dios!...
- Adela** Sí, sí; es que hoy estoy... Toca dos.
- Cándida** ¿Eh?
- Adela** Toca dos, mujer. De modo que tú, Felisa... ¿eh?... (*Cándida hace sonar el timbre.*)
- Felisa** Yo le he dicho que nos casaremos dentro del año próximo; estando como estamos en octubre, no creo que sea tan larga la espera.
- Roque** ¡Dentro del año próximo!... Es que el año tiene doce meses, ¿eh?
- Adela** Sí, sí, doce meses.
- Beatriz** Justo.
- Cándida** Evidentísimo.
- Roque** Ya ves; todas convienen conmigo en que el año tiene doce meses, Felisa. Hay que concretar un poco más.
- Felisa** Concretaré, hombre, concretaré. Yo ahora me voy a París a comprar algunas cosillas indispensables, y a mi vuelta, de común acuerdo, fijaremos la fecha de la boda.
- Roque** Si hemos de ir en viaje de luna a tu finca de Córdoba, debemos pensar en la Primavera. Es cuando el campo adquiere allí su... ¿eh? Su... ¡Oh! Verdes las crestas, verdes las faldas, ¿eh? El paisaje... ¿eh? Los árboles... ubérrimos y el jardín... ¡Oh!... Acuérdate de cómo estaba el jardín el año pasado, que era una pimpollada, una pimpollada... lo que diríamos.. una pimpollada.
- Felisa** Ya hablaremos, hombre, ya hablaremos. Te saldrás con la tuya como siempre..
- Marcial** (*Criado, por el foro derecha.*) ¿Señora?...
- Adela** ¡Ah, Marcial!... (*Se levanta.*) Con vuestro permiso...
- Roque** (*Levantándose también.*) (No aguanto más.) (*Se dirige a Felisa y habla con ella y con las dos muchachas.*)
- Adela** (*A Marcial.*) ¿Qué hay de Abd-el-Krim?
- Marcial** Hoy no hay malas noticias, señora. Parece que el comisario general ha enviado dos columnas con gente del Tercio y de Regulares...
- Adela** ¿Está usted loco, Marcial? Le estoy preguntando por el perro.
- Marcial** (*Aturdido.*) Perdone la señora; es que estaba ahí con el «A B C»... Ha sido un «quid pro quoque»...

- Adela** ¿Qué ha dicho el veterinario?
Marcial Dijo que le daba rabia...
Adela ¡Por Dios!... ¡Ay, que pena de animal!...
Marcial No se atribule la señora, que no es rabia al perro, sino al veterinario.
Adela ¿Eh? ¿Qué?
Marcial Que le daba rabia a él de que no le hubieran llevado el perro a raíz del accidente, porque lo hubiera curado en tres días, y ahora, en cambio, va a necesitar lo menos quince.
Adela ¿Qué lástima! Claro, no me ocupé, y como yo no me ocupe de las cosas... Lo de siempre. ¿Quedó en la clínica?
Marcial Sí, señora; en jaula de preferencia.
Adela Bien; no deje de informarme diariamente.
Marcial Sí, señora; descuide la señora. (*Inicia el mutis por la izquierda.*)
Adela Y cuando venga el administrador, dígame que tengo que hablarle con urgencia. (*Se va Marcial.*)
Roque (*Que ya se ha despedido de Felisa, Cándida y Beatriz, alarga la mano a Adela, diciéndola versallescamente.*) Es usted atenta hasta con los animales.
Adela Y que lo diga usted. Pero, ¿qué es eso? ¿Ya se marcha?
Roque Si usted me lo permite...
Adela ¿Tan pronto?
Roque Tengo que pasarme por el Senado... No suelo ir nunca; la cosa pública me aburre, me aburre, pero hoy vamos a ocuparnos de no sé qué cuestiones de dietas y eso me interesa, me interesa. He tenido, señora, una verdadera satisfacción en conocer a usted.
Adela Esta es su casa, desde ahora, señor Zaldívar; tendré sumo gusto en que, entendiéndolo usted así, venga a ella con frecuencia.
Roque Vendré, vendré. Las amistades de Felisa han de ser siempre mis amistades; porque entre dos que bien se quieren ¿eh? Los dos... ¿eh? Mejor dicho, uno solo... ¿eh?... Eso es. (*Indicándole el camino.*) Por aquí...
Adela ¿Pero va usted a molestarse?...
Roque ¡Por Dios!...
Adela Es usted amable, muy amable... (*A las demás.*) Adiós... Hasta luego, Felisa... Muy amable, muy amable... Lo que diríamos, ¿eh?

Adela (Nerviosa.) Sí, sí, sí, sí..., eso es.
Roque E... eso es. (Se van los dos por el foro derecha.)

Felisa Bueno. ¿Qué os ha parecido, niñas? Decidme la verdad; la verdad. ¿No es cierto que os ha parecido un hombre encantador? ¿Que os ha gustado el oír cómo se expresa?... ¡Oh! Siempre encuentra la palabra justa, el adjetivo apropiado... ¿Verdad que os ha parecido un hombre simpatiquísimo?... Decidme la verdad, la verdad.

Cándida Sí, es simpático...

Beatriz Muy simpático.

Felisa ¡Oh! Gracias por vuestra sinceridad... A quien no le ha gustado del todo ha sido a vuestra madre. He creído leerlo en sus ojos.

Cándida ¡Por Dios!

Felisa ¡Es tan severa y tan difícil!... Pero, hijas, no todo el mundo va a tener la suerte que habéis tenido vosotras. ¡Ahí es nada!... ¡Dos muchachos tan guapos y tan virtuosos!... Sobre todo virtuosos, porque se empieza a contar de ellos y no se acaba nunca.

Cándida Es cierto. ¡Como mi Blas!...

Beatriz ¡Y como mi Luis!...

Felisa Es un par que está de «mon». Ahora que Roque también es bueno y religioso; y de joven... yo le encuentro bastante joven... ¿Verdad que le encontráis joven? Decidme la verdad, la verdad.

Beatriz Sí, sí...

Cándida ¡Ya lo creo!...

Felisa A mí me tiene embelesada, porque hablando, cautiva; pero escribiendo, enajena. Me ha escrito cartas dignas de ser leídas en un Congreso postal. Su carta de declaración es un alarde de sinceridad y buen gusto. Decía un párrafo... «En mí, Felisa, no hallará usted el cariño empalagadizo de los veinte años ni el ardiente calor ecuatorial de los treinta. Nada de pasiones turbulentas ni de torbellinos morbosos, ni de olas gigantes y encrespadas... Mi cariño será un cariño de mar aplacerado; si los lagos amasen, señora... yo sería un lago.»

Adela (Que ha entrado en escena por el foro izquierda.) Pues, hija; lago, no sé; pero largo es largo como el río Amazonas.

- Felisa** ¿Eh?
- Adela** Y de pasado no hablemos: e... eso es. (*Imitándole.*)
- Felisa** (*Molesta.*) ¡Adela!... No, si ya sé que no te ha gustado.
- Adela** Lo que no me gusta es que vuelvas a casarte.
- Felisa** ¡Vivo tan sola!... Tú conllevas la viudez porque tienes hijas y yernos y hasta sabes administrar tu inmensa fortuna; pero yo... ¡pobre de mí! Ni aun siquiera entiendo las cuentas de los administradores. Yo necesito un hombre a mi lado.
- Adela** Que dilapide tus millones.
- Felisa** ¡No digas eso! ¿Por qué has de ver en todas partes el interés mezquino? ¿Acaso tus yernos, que carecen de fortuna, se casaron por el vil interés?
- Adela** No. Blas y Luis son dos santos y dos hombres de honor.
- Felisa** ¿Pues por qué Roque no ha de ser lo mismo? Es un caballero, Adela, y un hombre de una religiosidad casi vascongada.
- Adela** ¿Estás segura de que es religioso?...
- Felisa** Lleva un cilicio en la cintura, a raíz de las carnes.
- Adela** ¿Qué sabes tú!..
- Felisa** Se lo he visto.
- Adela** ¡¡Felisa!!
- Felisa** Se lo he visto comprar.
- Adela** ¡Ah!...
- Felisa** No eres justa con Roque, Adela. Cuando le trates un poco, cuando ahondes en él, descubrirás bondades en su alma, ideas en su intelecto y ternuras en su corazón. Ea, y me marcho. Adiós, niñas, adiós... No, no os mováis, que yo soy de la más absoluta confianza... (*Muy cariñosamente.*) Adiós, Adela, adiós... Desimpresiónate; no desconfíes tanto de todo... El mundo no es tan malo como tú supones algunas veces. Hay mucha gente buena en él, por fortuna.
- Adela** Tienes razón; perdóname, si en algo te he molestado. (*Se besan.*)
- Felisa** ¡Por Dios!...
- Adela** ¿Quieres venirme luego a cenar?
- Felisa** Encantada.

Adela Pues te esperamos. ¡Ah! Di a Roque que si quiere jugar al «bridge» con nosotras...

Felisa Lo agradecerá muchísimo. Hasta luego.

Cándida Hasta luego.

Beatriz Adiós, Felisa. *(Se va Felisa por el foro derecha.)*

Adela *(Un poco preocupada.)* Tiene razón, sí; yo me dejo llevar y... Dice bien Felisa: el mundo está menos desmoralizado de lo que se cree. Hay todavía mucha gente buena. No son sólo vuestros maridos los que dan buenos ejemplos: hay otros casos admirables... Yo presencio todos los días uno, verdaderamente conmovedor.

Beatriz ¿Dónde?...

Adela En San Pascual, en la misa de ocho y media, a la que voy siempre. Suele oírla a mi lado un señor, que no sé quién es, pero cuya piedad es edificante; edificante, eso es. ¡Jesús! Se me ha pegado la muletilla de Zaldivar.

Cándida ¿Y ese señor?...

Adela ¡Ah! Os aseguro que no puedo verle sin pensar «así son mis yernos».

Beatriz Muy bueno tiene que ser entonces.

Adela Te digo que aquel hombre tiene que ser un santo. Cuando entro en la iglesia, ya está allí, de rodillas, con un libro muy grande, casi un misal. ¡Y reza con un fervor!... No se le cae el «yo pequé» de la boca. ¡Y se da unos golpes de pecho! No sé cómo no se hace daño. Esta mañana estaba tan abstraído en sus oraciones, que no se los daba ya con la mano, sino con el libro...

Cándida ¡Jesús!

Adela Sonaban tan fuertes que no me pude contener y le dije: «Caballero, que se va usted a lastimar.» ¿Creéis que me oyó siquiera? Se quedó como en éxtasis... ¡Oh! Debe tener arrobos místicos.

Cándida Eso me ha dicho a mí Blas que siente él muchas veces.

Beatriz Y Luis también, aunque a Luis, más que por los misticismos, le da por la caridad. Son las conferencias, las visitas de enfermos pobres las que le encantan.

Adela No debéis cansaros de darle gracias a Dios.

- Haber encontrado en estos tiempos dos maridos de esa clase, es casi un milagro.
- Cándida** Sí lo es.
- Beatriz** Por eso somos plenamente felices.
- Adela** Y vuestra felicidad me alcanza a mí también.
(Rumor de voces dentro.)
- Beatriz** Aquí está Luis. *(Corre hacia el foro derecha.)*
- Luis** *(Entrando por dicho lugar.)* ¡Hola, vidita! *(La abraza.)* Adiós, Cándida... Buenas tardes, mamá.
(Este Luis es un muchacho muy simpático, muy despejado y muy elegante.)
- Beatriz** ¡Cuánto has tardado!...
- Luis** Pues he hecho todo lo posible por volver pronto; pero, hija, la visita ha sido interminable.
- Adela** ¿Hay muchos enfermos?
- Luis** Una cosa atroz. ¡Aquellos barrios son tan malsanos!...
- Beatriz** Ya habrás visto miserias...
- Luis** Figúrate. He repartido tus setenta y cinco y las doscientas de tu madre. ¡Qué escenas tan conmovedoras!
- Adela** No sé cómo puedes acostumbrarte a contemplar esos cuadros.
- Luis** Yo no sé tampoco. ¡Son horribles! Por un lado el hambre, por otro el sufrimiento, por otro el frío... Sólo pensando en que lo manda Dios, pueden hacerse ciertos sacrificios.
- Adela** Pero la satisfacción de la conciencia debe compensarlos.
- Luis** ¡Ah! Eso sí. Yo cuando vuelvo de estas excursiones, vuelvo siempre satisfecho, porque me digo: he cumplido con un deber, bueno, con una obligación, que no es lo mismo; es decir, sí es lo mismo; mejor dicho, no es lo mismo, porque los deberes sociales no deben confundirse con las obligaciones piadosas. aunque tengan un punto de contacto en el placer que produce aliviar las desgracias y acudir en socorro... En fin, ustedes me comprenden.
- Beatriz** Se ve que te emocionas al recordarlo. ¡Qué bueno eres, Luis!...
- Luis** ¡Por Dios, mujer, no digas...!

- Cándida** Hace bien en estar orgullosa de ti, porque, en efecto, eres bonísimo.
- Luis** ¿Tú me llamas bueno? ¿Tú que estás casada con Blas? Calla, mujer. La que tiene la suerte de tener un marido como Blas, no debe llamar buenos más que a los ángeles.
- Cándida** El que mi marido sea excelente, no quita que tú también lo seas.
- Luis** ¿Qué soy yo comparado con él? Una hormiga, un pigmeo... Yo no puedo ufanarme sino a lo sumo de cumplir con mis deberes... Blas es otra cosa: es un ser excepcional, un santo, en toda la extensión de la palabra; una especie de... San Juan de la Cruz. Para hacer una vida ascética como la suya, hace falta una vocación especial; porque la vida de tu marido es la de un verdadero anacoreta. Estoy seguro de que en este mismo instante está...
- Cándida** Está en Avila.
- Luis** ¿En Avila?
- Cándida** Se marchó ayer a la Adoración Nocturna, que esta semana toca allí...
- Luis** ¿Cómo había él de faltar! ¡Y a Avila! ¡A la patria de Santa Teresa!... ¡Hay tanta analogía entre aquella mujer admirable y tu esposo!... Los mismos éxtasis, los mismos trasportes... el mismo fervor inefable...
- Adela** Te escucho embelesada, hijo mío; no quiero ocultártelo.
- Luis** ¿Por qué, querida mamá?...
- Adela** Porque en todo descubres tu bondad ingénita. Cualquiera otro, en tu caso, tendría celos de Blas. Tú, no sólo no sientes envidia hacia él, sino que no te cansas de elogiarle...
- Luis** ¿Y encuentra usted que eso tiene mérito? Produce envidia lo que está a nuestra altura, lo que podemos aspirar a poseer; pero lo que está tan lejos de nosotros, como Blas lo está de mí, no inspira celos ni rivalidades. ¿Puedo yo pensar en igualarme a él?... ¿Puedo soñar siquiera en alcanzar aquel grado de perfección?...
- Adela** Tu modestia me encanta, me encanta, me encanta...
- Luis** No es modestia; es el reconocimiento de mi inferioridad; es...

- Blas** (*Entrando en escena por el foro derecha.*)
Sea con todos la paz del Señor...
(*Es Blas un muchacho tan despejado, tan simpático y tan elegante como Luis. Trae el pelo muy echado sobre la frente, dándole un gran aspecto de bondad y mansedumbre.*)
- Cándida** (*Acudiendo a él.*) ¡Blas de mi vida!...
- Blas** (*Repartiendo abrazos y saludos.*) ¡Mi santa esposa!... ¡Mi venerada madre!... ¡Mis amados hermanos en el Señor!...
- Adela** Te esperábamos más temprano...
- Blas** No pude tomar el tren de la mañana porque hubo sermón, un sermón del señor Obispo, que, naturalmente, no quise perder.
- Adela** Claro.
- Cándida** ¿Dónde has comido?
- Blas** En casa de Juan.
- Cándida** ¿Eh?
- Blas** (*Rectificando.*) En casa de Juan, el sacristán mayor de la Catedral, que nos tenía preparadas unas cosillas.
- Luis** Lo de casa de Juan ha sido una... colación, ¿no?
- Blas** Sí; una colación enorme; por eso, hasta la cena no he de tomar nada.
- Cándida** Habrás pasado mala noche.
- Blas** Sí; es decir, sin dormir nada más.
- Luis** A eso fuiste: a velar.
- Beatriz** Y Avila debe prestarse mucho para la Adoración Nocturna, ¿no?
- Blas** ¡Oh!
- Adela** Para todo lo que sea recogimiento y oración. ¡Un pueblo tan histórico, tan lleno de carácter!...
- Blas** ¡Oh! ¡Avila, Avila!... Allí se respira el espíritu de otros tiempos, allí se respira la idea de Dios; allí se respira el alma de Teresa, allí se respira el misticismo, allí se respira... sí, se respira... ¡ay!... (*Respirando muy fuerte.*) ¡Ay!... (*Queda como en éxtasis.*)
- Cándida** ¡Se exalta de un modo cuando piensa en esas cosas!...
- Beatriz** ¡Se ha quedado en éxtasis!... (*A Cándida.*)
¡Tener un marido así es la mayor ventura del mundo!...
- Blas** (*Casi gritando.*) ¿Eh? ¿Qué dices, Beatriz? ¿Qué dices, desgraciada?
- Beatriz** (*Asustada.*) ¿Eh? ¿Qué te ha dado?

Blas ¿Tú hablas de buenos maridos? ¿Tú, que estás casada con Luis? ¿Vas a compararme con él a mí? ¿A mí?... ¿A un pobre gusanillo?

Luis ¡Blas!... ¡Por favor!... No empieces...

Blas Comprendo que hiero tu modestia, Luis amado; pero no debo callar. En estos tiempos de incredulidad y corrupción es necesario proclamar en voz alta las virtudes de los que, como tú, pueden servir de ejemplo a una sociedad que camina al abismo.

Luis Vamos, Blas, por Dios... Tú sí que eres el modelo...

Blas Calla, porque casi me ofendes cuando me comparas contigo. ¿Qué soy yo a tu lado? Las prácticas religiosas son un deber y yo no hago más que eso: elevar al Cielo mis preces, meditar sobre los misterios divinos, pedir a Dios que ilumine a los pecadores; mientras que tú, tú, querido Luis, realizas una obra admirable, a la vez piadosa y social; tú perteneces a mil conferencias; tú te has consagrado a hacer el bien; tú te pasas la vida visitando enfermos, socorriendo necesitados, salvando almas, porque también te dedicas a convertir incrédulos, a evangelizar... Sí, Luis, sí; tú evangelizas y si vas a Constantinopla como ¡proyectas...

Todos ¿Eh?

Beatriz (*Encantada.*) ¿Es posible?...

Blas Tu palabra cálida, tu fé encendida harán de ti el mejor de los misioneros.

Luis Basta ya, Blas...

Adela (*Conmovida, como todos los demás.*) ¡Oh! Sí; basta de este pugilato de nobleza, en el que ninguno de los dos cederéis, porque los dos sois igualmente nobles. Os aseguro que cuando os oigo me considero la más dichosa de las madres. ¡Qué suerte han tenido estas criaturas al encontraros en su camino!...

Blas Suerte la nuestra. Tanto Cándida como Beatriz, son dos santas.

Beatriz (*Avergonzada.*) ¡Por Dios!...

Luis ¿Cómo no habían de ser santas, criadas por semejante madre? ¿De quién si no de ella es obra todo esto?

Adela ¡Luis!...

Blas Dice muy bien señora. ¿Quién sino usted,

- ha sabido formar esta familia modelo? ¿Es-
te espejo de familias cristianas?...
- Adela** (*Conmovidísima.*) Callad, callad, que esos elo-
gios vuestros... (*Llorando.*) Habéis consegui-
do hacer que llore.
- Todos** (*Acudiendo a ella, muy cariñosos.*) ¡Mamá!
- Adela** Son lágrimas dulces, hijos míos; lágrimas de
felicidad...
- Juana** (*Por el foro derecha.*) Señora... La modista
espera a la señora y a la señorita Beatriz.
- Adela** ¡Qué inoportunidad!...
- Juana** Como la señora me ordenó que la avisara...
- Adela** ¿Quién piensa en trajes cuando se habla de
cosas tan espirituales?...
- Luis** Hay que pensar en todo. La sociedad tiene
sus exigencias...
- Elisa** (*Por la puerta de la derecha.*) Señora... Ahí
está Melchor, que trae los macetones.
- Adela** ¡Ah! Sí... Ocúpate de ello, Cándida. Ya sa-
bes mis gustos: la quencia grande en el cen-
tro.
- Cándida** Sí, mamá. (*A Elisa.*) Ahora iré, Elisa. (*Vase
Elisa.*)
- Beatriz** (*A Juana*) Ahora iremos. (*Vase Juana.*)
- Adela** Me da pena tener que dejaros. Vuestros
ocupaciones piadosas os permiten tan pocos
momentos de estar en nuestra compañía...
- Beatriz** (*A Luis.*) Hoy no saldrás, ¿verdad?
- Luis** No. Estoy cansadísimo.
- Blas** Yo también. Hoy consagraremos la velada a
la familia.
- Luis** Nos permitiremos ese placer. Jugaremos al
«bridge»...
- Blas** Leeremos un poco el «Año Cristiano»...
- Beatriz** Será una velada encantadora.
- Cándida** ¡Encantadora!
- Adela** ¡Qué hermoso es pensar que, en medio de la
corrupción que nos rodea, aún se dan en el
mundo ejemplos de virtud como el que dais
vosotros!
- Blas** Cumplimos con nuestro deber y nada más.
- Luis** ¡Nada más!
- Adela** Vamos, Beatriz, vamos Cándida... ¡ay!...
(*Haciendo mutis con sus hijas por la puerta
de la derecha.*) ¡Dios os bendiga, hijos míos!
¡Dios os bendiga! (*Vanse.*)
- Luis** (*Tras una breve pausa.*) Eres el tío más sin-
vergüenza y más fresco que ha visto la luz.

- Blas** ¡El que habla de frescuras! (*Saca un peine y se echa el pelo para detrs.*)
- Luis** ¿Eh?...
- Blas** Pero, hombre, si tú escupes y sale la gente patinando.
- Luis** ¡Chist!... No alces la voz. Bueno, cuéntame, ¿dónde has pasado la noche?
- Blas** Mira, qué sé yo. No me preguntes porque no quiero ni acordarme. ¡Valiente nochecita! He tenido dos juntas, no te digo más.
- Luis** ¡Caramba! ¿Pero es que a solas conmigo vas a seguir también la comedia? ¡Vamos, hombre!... ¡Dos juntas!... Que te frían una camuesa.
- Blas** Sí, señor; dos juntas, dos juntas: Rosita y la Consuelo que se empeñaron en cenar conmigo. ¡Y con el odio que se tienen!... ¡Fígurate!
- Luis** ¿Rosita?... ¿Quién es Rosita, tú?
- Blas** Esa peruana, de Pongobamba; una alta, cimbrosa, de bastante caderamen...
- Luis** Sí, ya sé: una rubia, teñida, muy aparatosa y que anda así... pompáticamente.
- Blas** La misma. ¡Chico, qué joyín han armao!
- Luis** ¿En Perdices?
- Blas** ¡Qué Perdices! ¡En Maxim's! De rotura de cristalería he pagado trescientas doce pesetas. Con esto te lo digo todo.
- Luis** Habrá sido una tremolina...
- Blas** De lo más brutal que se encorambra.
- Luis** ¿Mayor que la mía del domingo?
- Blas** Mucho mayor. Y todo por una futesa; porque yo le dije a la peruana, piropeándola, y por estrechar los lazos, que su cuerpo era una exposición de escultura. Consuelo, picada, dijo con mucho retintín: —«De escultura y de pintura.»— Rosita, con las del berí, echó mano a un cuchillo; la otra, que es más chula que un cangrejo, comenzó a decir: —«¡Ay qué rica!... ¡La Rosa que va a pinchar!... Y lo consiguiente.—Yo no pincho, yo mondo.—Pues yo no mondo, yo pelo»... Y ¡zás!, le tira una gañafón y le arranca la coca izquierda y ese rizo grande que lleva en la frente.
- Luis** ¿Pero tú no mediaste?
- Blas** Y hasta creí un momento que se había conjurado el peligro, porque Consuelo se puso a

charlas con Pepe Cuervo, y Rosita, que estaba de excitada que pegaba saltos, se fué a un extremo del comedor y empezó a rizar el rizo.

Luis ¿Eh? ¿A dar volteretas?

Blas No, hombre; no seas bruto; a rizar con los dedos el rizo que le arrancó la otra, para volvérselo a poner.

Luis ¡Ah!

Blas Pero no sé qué dijo Consuelo de su familia, que fué, cogió el convoy y se lo tiró, con una puntería, que le dió en la nariz y se la puso como una berenjena.

Luis Claro, con un convoy y de aquellos...

Blas Y lo peor fué que empezó a pitorrearse y a decir: «Primera vez que tiro algo con sañero.»

Luis ¡Aprieta!

Blas A partir de esta frase, aquello fué el descuajamiento. Las botellas por el suelo, las fuentes por el aire, el vino en los platos, el agua en las fuentes, bombillas que estallan, sifones que explotan, cocotas que gritan, garzones que aullan... toda la lira y toda la gama, querido Luis.

Luis ¡Qué horror!

Blas A Pepe Jandúa que estaba tomando un chocolate le hicieron dos bollos, a Juanito Campa porque las llamó catapultas, le dieron una felpa espantosa; no sé lo que ellas creerán que es una catapulta; y, en fin, después de media hora de batalla, Pepe Cuervo se llevó a la Rosa a las Matas y yo me llevé a la otra a Segovia, primero, y luego al Escorial, y allí la he dejado en la silla de Felipe II para que se refresque.

Luis Pues sí que te has divertido.

Blas Claro que me he divertido; como que eso es precisamente lo que a mí me divierte. Yo, como no haya escarceos y jarana y botellazos, me aburro como un guardia. ¿Y tú, qué has hecho?

Luis ¡Pchs! Nada. Comí en los Burgaleses con la... Andova, luego jugamos un rato al faraón en casa de la Primi y he vuelto hace un instante.

Blas ¿Cómo te las has compuesto para no comer hoy aquí?...

- Luis** Es miércoles. Ya sabes que los miércoles y los viernes ayuno y visito a los pobres.
- Blas** Es verdad, sí.
- Luis** Y mira, no hago más que pensar...
- Blas** ¿Qué?
- Luis** Que como es una gran cosa el poder pasar de vez en cuando una nohecita por ahí... ¿eh? Es preciso que cuando estén todos delante, me aconsejes que me haga de la Adoración Nocturna.
- Blas** Caramba, Luis, no abuses. Harto hago con prepararte el viajecito a Turquía, que ya habrás visto que va por el mejor camino.
- Luis** Sí, sí; pero...
- Blas** No seas ansioso.
- Luis** La verdad es que nuestra Sociedad de bombos recíprocos es de un resultado maravilloso.
- Blas** Claro, hombre: si esto lo practican la mar de periodistas y de políticos y de socios del Ateneo, ¿iba a fallarnos a nosotros?
- Luis** Tenemos muy poca vergüenza, querido cuñado.
- Blas** Hombre... puede que tengas razón; pero, después de todo y hablando con propiedad no puede decirse que seamos dos malos maridos.
- Luis** Todo es según se mire.
- Blas** Míralo como quieras. ¿Quiénes son los malos maridos? Los que hacen desgraciadas a sus mujeres. Las nuestras no sólo no son desgraciadas, sino que se consideran las más dichosas del mundo.
- Luis** Porque están en una ilusión...
- Blas** ¿Y qué es la felicidad, sino una ilusión, como dijo... ese... aquél?... Sí, hombre; ese que lo dijo... ¿Quién fué?
- Luis** ¿Qué más da? Uno; el que fuera. Ahora lo dices tú, y basta.
- Blas** Desengáñate, Luis; mientras nuestras mujeres sean plenamente felices, como lo son, nosotros tenemos derecho a decir que somos dos excelentes esposos. Claro que somos dos frescos; pero... ponte una mano sobre el corazón, ¿conoces a algún hombre que no lo sea? Dime uno, uno siquiera y te doy quinientos duros.
- Luis** (Tras una breve pausa.) Sí; tienes razón.

- Tal vez en el centro de Africa, o en Nicaragua, en el Pitacatepe...
- Blas** (Advirtiendo que alguien se acerca.) Cuidado.
- Juana** (En el foro derecha.) ¿Señor?...
- Blas** A Dios sean dadas, Juana. (Se echa el pelo hacia adelante.)
- Juana** ¡Ay! El señorito me perdone; pero siempre me olvido del «Deo gratia».
- Blas** Pase, por esta vez... y pase de una vez.
- Luis** (Por Blas.) (Es mucho más sinvergüenza que yo.)
- Blas** ¿Qué desea?
- Juana** (Por una tarjeta que trae.) Este caballero quiere que los señoritos le reciban un instante...
- Blas** ¿Nosotros?
- Juana** Sí, señor.
- Luis** ¿Pero los dos?
- Juana** Los dos, sí, señor.
- Blas** ¿Al mismo tiempo?
- Juana** Eso me ha dicho.
- Blas** ¡Qué cosa tan rara! ¿A ver?... (Toma la tarjeta, lee y se inmuta.) José del Cuervo...
- Luis** (Pegando un repullo.) ¿Eh? ¿Aquí? ¿Pepe Cuervo aquí?
- Blas** (Leyendo.) Amor de Dios, dos... No cabe duda. (Le da la tarjeta.)
- Luis** (Leyendo.) Sí... Amor de dos... Dios, digo... Dios, digo dos... digo... (¡Mi madre!)
- Blas** (Inquietísimo.) (¡Mi abuela!...)
- Juana** ¿Qué le digo?
- Blas** Pues... (A Luis.) Que entre, ¿verdad?...
- Luis** Claro, hombre. ¿No crees tú?...
- Blas** (A Juana.) Sí, que entre, que entre.
- Juana** Bien, está muy bien. (Inicia el mutis.)
- Blas** ¡Ah! Juana...
- Juana** Señor.
- Blas** ¿Dónde están las señoras?...
- Juana** Están las tres con la modista...
- Blas** Bien. (Le hace señas de que se retire.)
- Juana** Bien, muy bien. (Se va por el foro derecha.)
- Luis** ¿Qué habrá pasado, tú? ¿A qué se le habrá ocurrido venir a esta casa? Porque él conoce nuestra situación, ¿no?
- Blas** Pero hombre, si él fué precisamente quien me aconsejó que empleáramos el sistema de los bombos recíprocos.
- Luis** Entonces...

- Blas** Algo grave le sucede. ¡Anda siempre con una de éstos!... Ahora le huye a un vascongado, a un tal Lercunchundi, que ha jurado matarle.
- Luis** Aquí está ya.
(*Entra en escena PEPE CUERVO, un hombre de cincuenta años, muy elegante, muy señor y muy punto.*)
- Pepe** (*Jovialmente y abriendo los brazos.*) ¡Queridos colegas! (*Blas y Luis, apuradísimos, le miran imponiéndole silencio.*) ¿Eh? (*Por señas le dicen que calle y ambos se acercan a las puertas, ven si alguien escucha y las cierran.*) ¡Bueno!
- Luis** (*Echando un vistazo por el foro derecha.*) Ten cuidado con lo que dices... Y habla bajo; por Dios...
- Blas** (*Idem de idem por el foro izquierda.*) Aguárda... No; no escucha nadie.
- Pepe** ¡Bonita manera de recibir a un amigo!
- Blas** Pero, pelmazo, ¿no sabes adónde vienes? ¿Crees que aquí podemos hablar como en la Bombilla?
- Luis** Esto es un convento.
- Blas** Una sucursal de la Trapa.
- Pepe** Por eso me reciben dos trapa... lones.
- Blas** No me ha hecho gracia ninguna. Y déjate ahora de chufas, porque tarifamos.
- Pepe** Bueno, ¿pero aquí se puede hablar o no? Porque es muy grave lo que vengo a tratar con vosotros.
- Blas** (*Dudando.*) Yo creo que mientras nuestras mujeres están con la modista...
- Pepe** ¡Ah! Pero ¿están de trapos? Entonces no me digas más, hombre; la tarde es nuestra. (*Se sienta.*)
- Luis** Bien, bien; pero ¡por los clavos de Cristo!, no alces mucho la voz.
- Blas** ¿Qué te ocurre? Sepamos.
- Pepe** Vais a saberlo en seguida; pero antes es preciso que me deis vuestra opinión sobre mi persona.
- Blas** ¿Eh?...
- Pepe** Necesito saber lo que pensáis de mí.
- Blas** ¿De ti? Pues que eres...
- Pepe** No te atasques y di lo que pienses. Busco lealtad y sinceridad.
- Blas** Pues chico que eres... la perla de los ami-

gos, el más alegre, el más simpático de todos y el más dispuesto a la diversión y al jaleo...

Luis Siguen las firmas.

Blas Un tío amenísimo, más fresco que una nutria, y que para nosotros has tenido siempre algo de paternal, porque han sido tu experiencia y tu afecto los que nos han guiado muchas veces.

Pepe Todo ello es patente, paladino y palmario. Me hacéis justicia. Añadid a eso una buena figura; cuarenta años...

Luis ¡Por Dios, Pepe!

Pepe Cuarenta años... vividos, porque los otros diez, como si no los hubiera vivido.

Luis ¡Ah!

Pepe Unos ascendientes ilustres; un título de abogado, un carácter apacible, un gran deseo de pasarlo bien y una casi total ausencia de reservas metálicas y habréis terminado el retrato de Pepe Cuervo, de vuestro entrañable Pepe Cuervo... ¡Ay! (*Suspira.*)

Blas ¿Y puede saberse a qué viene eso ahora?

Pepe A la necesidad de decirnos que todo eso... acabó. Estoy cansado de la vida...

Luis ¿Piensas suicidarte?...

Pepe Digo que estoy cansado de la vida que llevo y pienso casarme.

Blas (*Asombrado.*) ¿Tú?...

Luis (*Idem.*) ¿Tú?... (*Los dos rompen a reir.*)

Pepe ¿Por qué esas risas? Yo, en el fondo, soy y he sido siempre un hombre de familia, un hombre de hogar... Me molesta que toméis a chacota una cosa tan seria como ésta, y más aún que no comprendáis la sinceridad con que os hablo ni la emoción que me embarga en este momento.

Blas ¿Emoción?...

Pepe Sí, querido Blas; sí, Luis querido; porque en la resolución que he tomado entra por mucho el amor que os profeso; mi deseo de ser para vosotros un padre de verdad.

Luis (*Escamado.*) ¿Eh?

Blas (*Escamadísimo.*) ¡Ay, ay, ay!... ¿Qué traes tú debajo de la capa, Pepe Cuervo? Desembózate, hijo, desembózate.

Pepe Sí; os lo diré sin rodeos, pero... agarraos,

que hay curva. Temo que os impresione la noticia...

Luis Di, hombre, di.

Pepe La esposa que he elegido se llama doña Adela Lozadilla, viuda de Correrana.

Luis ¡¡¡Nuestra suegra!!!...

Blas ¡Qué bárbaro!

Pepe Yo no puedo pensar en casarme con una chiquilla; necesito una esposa de mi edad... poco más o menos. Esto es patente, paladino y palmario. Y vuestra suegra me conviene muchísimo. Bien aparentada, bien famada, meolluda, pecuniosísima...

Blas Mira, Pepe; las bromas para cuando estemos en casa de Maruja. No te olvides del lugar en que te encuentras.

Pepe Te advierto, querido, que jamás he hablado con tanta formalidad. Vengo a pedirlos... oficialmente la mano de vuestra madre política.

Blas ¿A nosotros?

Pepe Claro; vosotros sois los que habéis de otorgármela... No, no me miréis aspaventados: vosotros, vosotros. Sin vuestra ayuda tardaría en llegar a la realización de mis deseos, mientras que contando con ella, la empresa será fácil. Sobre todo si le aseguráis que yo soy un modelo de virtud, digno de competir con vosotros mismos... en lo que no faltaréis a la verdad.

Luis ¿Eh? ¿Pero es que te figuras que nosotros vamos a ayudarte?

Pepe Vosotros vais a firmar conmigo un tratado de paz y amistad que será una nueva «Santa Alianza». Os supongo bastante versados en Historia para saber...

Blas ¡Cuidado que tienes frescura!

Pepe Tenemos, tenemos, pero yo me caso. En este río pescoso tiendo yo mis redes y lleno el copo.

Blas Y esa mujer, tu amiga de toda la vida, ¿va a consentir en que te cases?

Pepe Ninón Chamblan está ya camino de París. He roto con ella definitivamente, como he roto también desde hace un instante con mi vida pasada. En lo sucesivo mi existencia será la de un monje. Nada de trasnocheos; nada de juergas ni de vicios; nada de maniroturas. Seré parco, parquísimo... Una bue-

na casa, un buen auto, un buen cocinero... Con eso me basta. Si acaso algún ratito por las tardes con las amigas... pero hoy aquí, mañana allá... ¡Nada de lfos! ¡Moralidad! ¡Mucha moralidad!

Blas Es un programita.

Pepe Que cumpliremos al pie de la letra y veréis qué vida nuestra vida, qué Arcadia nuestra Arcadia.

Luis ¿De manera que tú crees que vamos a secundarte, que esto va a ser coser y cantar, no?

Pepe Naturalmente. ¿Qué riesgo puede ofrecer la alianza que os propongo? Uno solo: que doña Adela pudiera tener el capricho de traer al mundo un heredero más para su fortuna... ¡Bah! Su edad aleja ese temor, y yo renuncio también a los goces paternos... No seré más que un partícipe meramente usufructuario de la fortuna de la casa. Después de mi muerte, todo para vosotros, hijos míos... ¡todo!

Luis No sé cómo me contengo al oírte...

Pepe Vamos, querido Luisito... no te abellaques.

Luis ¿Eh?...

Pepe Ya lo dijo Cicerón, que esté en gloria: no sólo es ciega la fortuna, sino que ciega a sus favorecidos... Vosotros no podéis oponeros a mi pretensión: sería tanto como renunciar desde ahora a vuestra vida alegre y juer-guística. El día en que vuestras mujeres supieran que sus maridos no son más que dos calaveras deshechos, no sólo se acabaría la libertad de que disfrutáis, sino que la suegra cerraría la bolsa... ¿eh?

Blas ¿Y quién va a decir a nuestras esposas...? ¿Eh?... ¿Tú?

Pepe No; porque estoy seguro de que vosotros no me dejaréis hacerlo.

Blas ¿Eh? ¿Qué quieres decir? ¿Es una amenaza?...

Pepe Es una advertencia cariñosa nada más.

Blas Pues colocados en ese terreno, te digo que desde luego rechazo la proposición.

Luis Y yo lo mismo.

Pepe No tomo por definitiva vuestra respuesta. Comprendo que el asunto es demasiado gra-

ve para que resolváis en el acto, y os doy un mes para meditar...

Luis
Pepe

En los absurdos no se medita.

¡Quién sabe!... Y conste que no hay transacción posible. Soy en este momento—hoy me ha dado por la Historia antigua—aquel embajador romano que se presentó al Senado cartaginés y le dijo levantando la punta de la toga: «Aquí os traigo, ¡oh, cartagineses!, la paz o la guerra: escoged»... Yo no puedo levantar la punta de la toga, porque no la uso, pero sí puedo alzar el faldón del chaquet, que es lo que tengo más a mano, y deciros: «Hijos míos, tenéis que resolveros por la guerra o por la paz»... Estoy seguro de que cuando lo penséis serenamente, será la paz la que escogáis, no sólo por motivos de conveniencia, sino también por consideraciones... afectivas. He sido siempre una especie de padre para vosotros... y quiero seguir siéndolo. No me rechacéis, hijos de mi alma. A nosotros debe ligarnos siempre, si no el lazo de la sangre, la... altura de la columna termométrica, puesto que los tres somos algo así como... los Pícos de Europa.

Luis
Blas
Pepe

¡Pepe!

¡Esa ofensa!...

Esto es patente, paladino y palmario... Ea, y no os molesto más. Por hoy he dicho cuanto tenía que decir... Tenéis un mes de plazo...

Luis
Pepe
Blas
Pepe

Pero...

Hasta luego o hasta mañana...

Pero, escucha una cosa...

(Iniciando el mutis por el foro derecha.) ¡Imposible!... ¡Soy el embajador romano!...

Beatriz

(Entrando en escena por la primera puerta de la derecha.) Sí, mamá; están aquí todavía... (Pepe se detiene.)

Blas
Luis
Adela

(¡Atiza!)

(¡Aprieta!)

(Entrando en escena, seguida de CANDIDA.) Oyeme, Luis... ¡Ay!... Perdón, no sabíamos que tenéis visita...

Luis
Blas

Ya se ha terminado...

Sí, ya se marchaba... (Presentando.) Nuestra madre política... Nuestras esposas... Don José del Cuervo... (Reverencias.)

Adela

(Caldndose los impertinentes.) Tengo mucho

- gusto... (A *Cándida y Beatriz.*) ¡El de San Pascual!
- Cándida** ¿El del breviario?...
- Pepe** ¿Señoras?... (Saluda como lo hubiera hecho uno de los tres mosqueteros y se va diciendo.) (Me ha reconocido.) (Mutis.)
- Adela** (Con mucho interés.) ¿Quién es ese caballero? ¡Pronto!... ¡Decidme, por Dios!...
- Luis** (Turbado.) Un amigo de... las conferencias...
- Blas** (Idem.) Sí, de la Adoración Nocturna...
- Adela** ¡Claro! No podía ser otra cosa.
- Blas** ¿Eh? ¿Pero usted le conoce?
- Adela** Oye misa todos los días a mi lado.
- Blas** (¡Canalla!)
- Luis** (¡Sinvergüenza!)
- Adela** Bien os decía yo, hijas mías, que debía ser un santo... (A *Luis.*) ¿Verdad?
- Luis** ¡Santo!...
- Blas** ¡Santo!...
- Adela** No había más que verle. ¡Santo!... ¡Santo!!...
- Luis** } (A un tiempo.) ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!
- Blas** } (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. Es de día. En el mes de marzo.

(Al levantarse el telón están en escena FELISA, CANDIDA y BEATRIZ. La primera enseña a las otras dos un medallón que lleva colgado.)

Cándida

¡Oh! Es lindísimo.

Beatriz

Lindísimo.

Cándida

A fi te da por los camafeos, Felisa.

Felisa

Sobre todo por los camafeos bonitos. Este es el más valioso de los que tengo. Es un retrato de Pirro, de Epiro hecho por Fulvio Andrónico, un escultor de aquellas edades. Me lo regaló Roque, en París, el mes pasado.

Beatriz

Ya sé que te han hecho en París un «trousseau» que es una cosa espléndida.

Felisa

No tanto. De buen gusto, nada más. Yo no soy tan rica como vuestra madre.

Cándida

¿Vas a dártela de modesta, después de haberte pasado allí el invierno entero comprando trapos?

Felisa

París es siempre una tentación para las mujeres; sobre todo para las que vamos a casarnos... ¡Hay tantas preciosidades!... Luego, como mi prima Rafaela, que vive allí hace tantos años, se empeñó en llevarme con ella...

Beatriz

El hecho es que te fuiste por quince días y has estado cerca de cuatro meses...

Felisa

Es verdad. ¡Y cuántas cosas han ocurrido en ese tiempo!... ¡Quién hubiera podido pensar que Adela, que tanto censuraba mi de-

cisión de renunciar a la viudez, iba a casarse de este modo, casi de repente!...

Cándida

Ya ves, esta noche se toma los dichos...

Felisa

Y vosotras lleváis bien la boda, por lo que observo.

Beatriz

Al principio nos pareció una locura; pero luego hemos tenido que rendirnos.

Felisa

¿Rendiros?

Cándida

Sí, Felisa, sí; era un cargo de conciencia oponernos a su felicidad... Haber encontrado un esposo así es una verdadera bendición de Dios.

Felisa

¿Tan bueno es ese Pepe Cuervo?

Cándida

Cuanto te imagines, es poco. Con decirte que nuestros maridos, que sabes lo que son, están admirados de sus virtudes...

Felisa

¿Es posible?...

Cándida

A ellos se debe principalmente que mamá se haya decidido... Contaban de él tales cosas...

Beatriz

Es un hombre extraordinario... ¡Qué piedad la suya!... ¡Qué amor al bien!...

Cándida

A cada instante lo revela. Aún no hace dos horas que he tenido yo una prueba más de su caridad inagotable. Le encontré solo y preocupado, traté de averiguar lo que le ocurría y era que venía de visitar a una familia que estaba en la miseria... ¡Qué cuadro me pintó! Una madre con ocho hijos, todos de uno a tres años, y ni una manta, ni un lecho, ni un mendrugo... Por supuesto, que él les dejó todo el dinero que llevaba; pero no era bastante para socorrer una necesidad como aquella. Me causó tal impresión el relato, que le di quinientas pesetas que tenía dispuestas para entregárselas a Blas. ¡Se puso más contento!... Echó a correr con una alegría, como si hubieran sido para él.

Felisa

¡Qué suerte habéis tenido las tres, con encontrar esos esposos!... No quiere decir esto que mi Roque no sea bueno; pero vamos, no llega a tanto. Le traeré por aquí con frecuencia, para que tome ejemplo de la conducta de vuestros maridos; para que les imite en todo.

Beatriz

En todo, no; que también tiene sus inconvenientes el tener esposos demasiado buenos. Por serlo el mío, con exceso, me he visto privada de él no sé cuánto tiempo.

- Felisa** ¿Ha estado ausente?
- Beatriz** Anoche volvió de Turquía y de Argelia. Le ha pasado lo que a ti; que se marchó para una semana y no ha vuelto en un mes...
- Felisa** ¿Pero a qué ha ido?...
- Beatriz** A unas misiones... ¡Una obra admirable!... Ha estado en el interior... y en el desierto... entre salvajes...
- Felisa** Mujer, no debías haberle dejado...
- Beatriz** Yo no quise que fuera; pero Pepe nos convenció a mamá y a mí.
- Felisa** Por lo que veo, el futuro esposo de vuestra madre os tiene cogidas a las tres por el corazón.
- Cándida** Cuando le conozcas te convencerás de que lo merece todo...
- Felisa** Ya estoy convencida de que debe ser, no un hombre, un ángel...
- Adela** (*Que ha entrado en escena por el foro izquierda.*) ¡Un ángel, sí, Felisa, un ángel!...
- Felisa** ¡¡Adela!!
- Adela** ¡Querida Felisa! (*Se abrazan.*)
- Felisa** Ya me han dicho tus hijas que recibiste mi tarjeta...
- Adela** Sí, y acabo de arreglarlo todo para no ocuparme más que de ti. ¿Me consagras la tarde entera?
- Felisa** ¡Figúrate!... Después de cuatro meses de ausencia y habiendo tenido la suerte de llegar el día en que te tomas los dichos.
- Adela** Pues anda, quítate el sombrero!...
- Felisa** Ahora mismo. (*Lo hace.*)
- Adela** ¿Y Roque?
- Felisa** Bueno, muchas gracias. Luego vendrá.
- Adela** (*Un poco temerosa.*) ¡Lo que habrás pensado de mí al saber la noticia!...
- Felisa** (*Riendo.*) ¡Puedes imaginártelo! Es un poco fuerte que te hayas pasado un año casi diciéndome que a nuestra edad era una locura contraer un segundo matrimonio, para venir a parar en que vas a casarte antes que yo...
- Adela** La conversación que sostenías con éstas cuando entré, me evita el tener que justificarme a tus ojos, puesto que ya sabes que el que va a ser mi marido merece eso y mucho más. Es un apóstol, Felisa, un apóstol...
- Felisa** Sí, ya me han contado que es un hombre de mérito excepcional...

- Adela** Es un hombre perfecto. ¡Tiene una fe tan honda, un fervor tan vivo!... En fin, con decirte que Blas y Luis están admirados de él...
Juana (Por el foro izquierda.) ¿Señora?..
Adela ¿Qué, Juana?
Juana Esta cuenta...
Adela (Tomándola y examinándola.) ¡Ah! La del nuevo cuarto de baño que he hecho instalar para Pepe. (A Felisa.) Verás qué maravilla. Se ha hecho bajo su dirección: ducha de todas clases, pulverizaciones, inhalaciones... el último grito de la hidroterapia. Leyendo el total.) Nueve mil pesetas... está bien. (A Juana.) Que espere un instante: ahora iré. No vale la pena de interrumpir nuestra conversación... (Se va Juana por el foro izquierda.)
Felisa (Sonriendo.) Lo que tú quieres es seguir cantándole un himno a tu prometida, ¿verdad?
Adela Es que tendría para muchas horas si quisiera pintarte todas sus virtudes. Porque es que toca en lo sobrenatural, Felisa... No, no te exagero. Te lo diré en voz baja, porque él no quiere, por modestia, que lo cuente, pero... hace milagros.
Felisa ¡Adela! ¿Estás loca?
Cándida Créelo, Felisa, créelo. Mamá no exagera. Aquello de Lercunchundi fué un milagro.
Beatriz Sí, sí, un prodigio.
Felisa ¿A qué os referís?
Adela Verás. Fué hace unos días mi administrador a Valladolid a vigilar la corta de pinos que están haciendo en una de mis fincas, acompañado de un tal Lercunchundi, el representante de una Sociedad guipuzcoana que ha comprado los árboles. Volvían a una gran velocidad cuando una torpeza del chófer hizo que el auto rodara por un terraplén cayendo a un precipicio. Fué una cosa horrible. Los que presenciaron el accidente creyeron que iban a encontrarlos aplastados al levantar el coche, que había caído sobre ellos y se sorprendieron gratamente al ver que sólo tenían heridas y contusiones sin extraordinaria gravedad. Fueron conducidos aquí, porque mi administrador vive arriba, en el tercero, y nosotros les asistimos desde el primer instante. El más lesionado era Lercunchundi, que había sufrido un golpe atroz en

la cabeza y que tardó un día enteró en recobrar el sentido. Cuando volvió en sí, no se sabe si por efecto de la confusión o del susto, había perdido el habla.

Felisa

¡Qué horror!

Adela

Dicen que es frecuente en esos casos. En vano hacían los médicos toda clase de esfuerzos. Pasaban días y días y el mudo no conseguía articular palabra. Entonces se me ocurrió a mí decirle a Pepe una mañana que venía de un triduo muy solemne: «Tú, que eres tan bueno, podías pedirle a Dios que devolviera el habla a un pobre hombre que la ha perdido.—Se lo pediré con fervor»—me contestó. Y sin darle más antecedentes le hice entrar en el cuarto de aquel desgraciado... ¡Todavía siento escalofríos al pensar en ello!.. No hizo más que acercarse a la cama, cuando el enfermo, de un salto, se puso en pie sobre ella y gritó con todas sus fuerzas... ¡Por fin!... ¡¡Ah!!... ¡¡Pepe Cuervo!!... Había recobrado la voz, Felisa... ¡Ya no estaba mudo!

Felisa

¿Pero se conocían?

Adela

No: ese es el milagro: saber su nombre sin haberle visto jamás. Pepe nos hizo salir del cuarto a todos en seguida, porque Lercun chundi estaba excitadísimo y él quiso a solas tranquilizarle y explicarle el beneficio que debía a Dios y cuanto tenía que agradecerle y a la media hora...

Cándida

Cuidado mamá, que ahí viene...

Adela

¿Pepe?

Cándida

Sí.

Felisa

Ya estoy deseando conocer a ese hombre que toca en las cimas de la santidad.

Adela

Pues ahí le tienes, mírale... ¡mírale!

Pepe

(*Por la derecha último término.*) ¿Estorbo?...

Adela

Al contrario. Cabalmente estaba hablando de ti con mi amiga Felisa, a la que quiero presentarte.

Pepe

No es preciso. Sé quién es esta señora, por haberte oído decir cien veces lo que la estimas y siendo amiga tuya, yo soy ya su amigo, sin necesidad de presentaciones.

Felisa

No sé yo si atreverme a decir lo mismo respecto a usted.

Pepe

¿Por qué?

Felisa

Porque todos encarecen de tal manera sus

- perfecciones que tal vez no sea digna de su amistad...
- Pepe** ¡Por Dios, señora!... Esas son exageraciones de Adela.
- Adela** Bien sabes tú que eres...
- Pepe** Yo soy el más vulgar de los hombres... sin vicios, eso sí, sin vicios, porque siempre he detestado las malas costumbres, pero nada más. Es decir, también tengo fe; una fe viva, inquebrantable... pero nada más... Porque no creo que nadie juzgue que sea mérito el amor al prójimo en que siempre procuro inspirarme, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor, pero nada más...
- Adela** (A Felisa.) (¡Un apóstol!)
- Felisa** Es usted de una modestia conmovedora.
- Pepe** ¡Por Dios!...
- Cándida** ¿Ha visto usted a Blas?
- Pepe** Sí, y a Luis también. Nos encontramos en las Cuarenta Horas y hemos vuelto juntos los tres.
- Beatriz** Sí, aquí llegan. (*Entran por el foro derecha BLAS y LUIS. Este bastante pálido y flaco.*)
- Blas** ¡Ah!... Felisa... (*Saludos.*)
- Luis** (*Idem.*) Ya sabíamos que estaba usted de regreso...
- Felisa** Y aún no he vuelto del asombro que me han causado las novedades con que me encuentro.
- Beatriz** (*A su marido.*) ¿Cómo estás, Luis? ¿Estás mejor?
- Luis** Muy débil todavía. Aún no puedo permanecer de pie mucho tiempo. (*Se sienta.*)
- Felisa** Ya me han contado las penalidades de su excursión evangelizadora.
- Luis** Han sido horribles.
- Felisa** ¿Pero aún hay salvajes en Turquía?
- Luis** En Turquía, pocos... algunos ancianos, porque los jóvenes turcos, no...
- Blas** Claro, los jóvenes turcos...
- Luis** Donde hay muchos salvajes es en Argel.
- Felisa** Yo creía que aquel país estaba ya civilizado.
- Luis** Por la costa; pero nosotros hemos estado en el interior, en el desierto.
- Felisa** ¿En el Sahara?
- Luis** En el Sahara; por el lado de acá; es decir, estando acá, por el lado de allá, pero estando allá por el lado de acá.

- Pepe** No se orienta, no se orienta.
Luis Sin un mapa es difícil dar la explicación.
Blas Claro, aquello es tan grande...
Luis Y yo que no tengo el don de la orientación. Si yo se lo decía a los compañeros de penalidades: ya veís, estamos en el Oriente y no me oriento.
- Pepe** Tanto como en el Oriente...
Luis ¿Eh? ¿Tampoco?...
Pepe Y el itinerario no puede ser más claro. Se sale de Argel, se toma hacia la izquierda, luego se baja un poco, se tuerce a la derecha, se toma una loma bastante ancha...
Adela ¡Pepe!... ¿Pero tú también has estado?...
Pepe No, no... yo no... pero es el camino que siguió San Luis.
Blas Justamente.
Cándida ¿Y todo eso a caballo?
Luis Quiá, en camello, hijita. Los caballos no resisten esas jornadas penosas, por los arenales, bajo un sol abrasador, sin más agua que la de los cocos ni más sombra que la de las palmeras...
- Felisa** ¿Pero en el desierto hay palmeras? Yo creía que era sólo en los oasis.
Luis (*Turbado.*) No, no; en todas partes hay algunas.
Blas De vez en cuando, ¿no?
Pepe De trecho en trecho.
Luis Eso; a los lados de la carretera... ¡Y hace más bonito!... Aquellas palmeras tan... altas; tan... altas! tan... altas... La silueta verde sobre el amarillo del suelo hace... hace gracioso.
Blas Aquellas están sembradas...
Adela ¿Cómo?
Blas Digo que están sembradas por... por esos, por los que van en las caravanas: los carabineros.
Pepe Caravaneros.
Blas Eso he querido decir.
Pepe En un libro que voy a dar a la estampa...
Adela ¿Tú?...
Pepe Sí; un libro de pensamientos agropecuarios.
Adela ¡Oh!... ¡Pepe!...
Pepe En ese libro, dedico a la palmera del Sahara un recuerdo y un encomio. Digo que es magnífica y munífica, porque sombrea y nutre

- lo mismo al más rico muslín, que al más indigente beduino.
- Adela** (*Entusiasmada.*) ¡Pepe!...
- Pepe** Es patente, paladino y palmario.
- Adela** ¡Sigue!...
- Pepe** Digo, que parece en el desierto como el dedo de Dios que dice al caminante: «Admira mi obra: donde todo está muerto, yo hago brotar la vida»... (*Afectando conmoverse y conmoviendo a los demás, especialmente a los sinvergüenzas de Blas y de Luis.*) ¡Oh! ¡Sí!... ¡Palmeras del desierto!... (*Se seca una lágrima.*) ¡Me conmueve pensar en esos árboles seculares que resistieron los embates del simún y que son como los signos con que la tierra interroga al cielo!...
- Adela** ¡¡Pepe!!...
- Felisa** ¡Qué bonito! Habla usted eminentemente.
- Pepe** No confundirme, por Dios.
- Blas** Sí, querido Pepe, sí... Eminentemente y con una apostolicidad que hace verter lágrimas. (*Se seca los ojos.*)
- Pepe** (*Acariciando a Blas.*) Es un santito, un santito...
- Felisa** (*A Adela, secándose las lágrimas.*) ¡Qué familia, Adela, qué familia!...
- Adela** (*Llevándose también el pañuelo a los ojos.*) ¡Bendito sea el poder de Dios!
- Blas** (*Aparte a Pepe.*) Tú, sinvergüenza, a ver esas quinientas pesetas que le has sacado a mi mujer...
- Pepe** Calla, que estamos sobre un volcán.
- Blas** Tú soplas y lo apagas.
- Pepe** Disimula... (*Se separan.*)
- Felisa** ¿Y a quién predicaban ustedes en el desierto?
- Luis** (¡Qué pelmazo de señora!) Pues... a las tribus que encontrábamos; porque a lo mejor nos salía al paso una tribu... Todas salvas, ¿eh?, y algunas antropófagas.
- Felisa** ¿Eh? ¿Allí?...
- Luis** Sí; sí, señora.
- Felisa** No es posible.
- Luis** ¿Verdad, Pepe?
- Pepe** ¡Oh! Sí, señora; antropófagas: Ahora, que lo disimulan.
- Adela** Escucha, ¿y entendían el español?
- Luis** (*Algo cortado.*) No, el español, no. Algo el

francés, porque ellos hablan una mezcla de... de...

Pepe Sí; una mezcla de francés y aljamiado.

Luis Eso es. Y en el interior, aljamiado nada más. Yo, al principio me entendía con ellos por señas, pero luego me fuí acostumbrando al aljamiado...

Pepe Sí; es muy sencillo...

Felisa ¿Cómo se dice comer en aljamiado?

Luis Pues... aljamiar.

Pepe ¿Cómo me dijiste que llamaban al pan?

Luis ¿Eh? (*Le mira como para asesinarle.*) ¿Al... al pan? Pues... (*Como si mordiera.*) «Aum».

Blas ¿Y a la carne?

Luis (*Mirándole de igual manera.*) A la carne... «jam jaum».

Felisa ¿De modo que pan con carne?...

Luis «Aum, jam, jaum»...

Pepe Lo que les decía a ustedes, muy sencillo.

Blas A mí me ha enseñado esta mañana la mar de vocablos.

Cándida Mamá, no olvides que están aguardando para cobrar una cuenta.

Adela Es verdad. Yo que antes estaba siempre en todo, hija mía, ahora no sé lo que me sucede.

Beatriz ¿Tienes dinero?

Adela Sí: esta mañana hice que me trajeran treinta mil pesetas. Mira, de paso enseñaremos a Felisa los trajes que me ha enviado Madame Polan. (*A Pepe, Luis y Blas.*) Esperadnos un momento.

Pepe (*Tiernamente.*) Una eternidad si fuera preciso, Adela.

Adela (*Derretidísima.*) ¡Pepe!... (*A los demás.*) ¿Vamos?... (*Haciendo mutis con Felisa, Cándida y Beatriz, por el foro izquierda.*) Ya verás, querida Felisa: me ha enviado madame Polan un túnico de tela Bravante con piel de cordero de Magolia, que es un sol, un verdadero sol... (*Se van.*)

Luis (*Después de cerciorarse de que están lejos.*) Bueno, señores: bromas con el aljamiado, no; porque le doy dos bofetadas a uno.

Blas Con lo que no hay que gastar bromas es con el dinero, y ya tú sabes por dónde voy, querido Pepe.

Pepe Sí; por el alero.

- Blas** ¿Qué dices?
- Pepe** Que quién se ocupa de pequeñeces ahora.
- Blas** ¿Qué sucede?
- Pepe** Que Ninon Chamblan está desde ayer en Madrid.
- Luis** ¡Jesús!
- Blas** ¡Atiza!
- Pepe** Estamos perdidos.
- Blas** Bueno; pero tú, ¿cómo sabes?...
- Pepe** Me ha escrito.
- Blas** ¿Y el tono de la carta?...
- Pepe** Puedes figurártelo: francesa, cuarentona, enamorada... Jura que impedirá mi boda.
- Luis** Hay que salirle al encuentro.
- Pepe** Esa es la dificultad; dar con ella sin saber dónde para. Una vez que la encontrase, no me faltaría medio de reducirla. Acordaos de Lercunchundi.
- Luis** Sí; ya me han contado que hiciste el milagro de hacer hablar a un mudo.
- Pepe** Fueron dos milagros: que hablara primero y que callara después. Ahora el peligro es mayor.
- Luis** ¡Qué conflicto!
- Blas** ¡Y en qué momento! ¡Cuando faltan unas horas para tomarte los dichos!...
- Pepe** Estoy aterrado. No siempre pueden evitarse las catástrofes. Tenéis que ayudarme, hijos míos. Hay que andar con cien ojos. No os separéis un instante de Adela cuando yo no esté aquí, para echar un capote si es preciso. No os ocultó que para mí sería horrible tener que renunciar, ahora, a este paraíso...
- Luis** Te va bien, ¿eh?
- Pepe** Como en la gloria. Indudablemente yo había nacido para millonario y no me daba cuenta de la vocación. Pero no penséis que es sólo el vil interés lo que me haría lamentar no casarme con vuestra suegra: es que la voy tomando afición.
- Blas** ¿Vas a hacernos creer que estás enamorado?...
- Pepe** Puede que lo esté. (*Luis y Blas sonrien incrédulos.*) Tenéis que ayudarme, hijos míos; tenéis que ayudarme.
- Blas** Lo haremos decididamente, querido Pepe, si

por tu parte nos prometes conseguirnos algunas ventajillas...

Pepe

¿Eh?

Blas

Ya sabes que necesito con toda urgencia esas ocho mil pesetillas...

Luis

También yo estoy alcanzadísimo. El viaje al Cairo me ha hecho polvo en todos sentidos.

Pepe

Yo veré, yo veré. Tengo que buscar un pretexto porque el de las obras de caridad está ya tan gastado... ¿verdad?

Blas

Espera. ¿Qué tenía yo apuntado?... (*Busca en su cartera.*) Porque yo apunto siempre lo que puede ser motivo de sableo... (*Saca un papel y lee.*) Para regalar a Su Santidad una pianola... Cuartos de baño en todos los conventos del mundo... Fomento de la buena Prensa... ¡Esto!

Pepe

Hombre, es verdad. Le diré que te has comprometido a coadyuvar a esa gran obra. Aún no habíamos empleado ese recurso. En vez de ocho mil pesetas, le pediré quince y tú te quedas con tus ocho y le das tres a Luis...

Luis

Estás en todo.

Pepe

Nada, nada, tendréis lo que necesitáis, pero a condición de que vigiléis constantemente. ¡Tengo un pánico!...

Blas

¡Bah! Exageras...

Pepe

No conoces a Madame Chamblan. Es astuta, pérfida, vengativa. A cada instante me figuro que va a filtrarse por la pared, como el Comendador, y que va a contárselo todo a vuestra suegra, y que Adela, justamente indignada, va a venir furiosa a buscarme, diciéndome...

Adela

(*Entrando por el foro izquierda.*) ¡Pepe!...

Pepe

(*Asustado.*) ¡Ay!

Adela

(*Alarmadísima.*) ¿Qué te pasa?...

Pepe

Nada... ¡Por Dios, qué tonterías!... Estaba distraído y me sorprendiste...

Adela

(*A Blas y Luis.*) Cándida y Beatriz desean consultar con ustedes sobre no sé qué regalo que proyectan hacerme. Me han echado de allí. Dicen que yo no debo enterarme...

Blas

Claro.

Luis

Siendo la interesada...

Blas

Anda, inválido, vamos en su busca.

Luis

Sí, sí; estoy flojo, bastante flojo; el sol, el

aire, el movimiento del camello... (*Haciendo mutis por el foro izquierda.*) Estoy bastante flojo.

Blas (*A Adela, por Pepe.*) Procure usted animarle. Está un poco triste.

Adela ¿En un día como el de hoy?... ¡Pepe!...

Blas Algún escrúpulo de conciencia... Bueno, voy a dar un recado en la portería. Espero la visita de una señora... (*Le hace señas a Pepe.*) Ya sabes, esa... la presidenta del Apostolado de Chamberí por Hortaleza.

Pepe ¡Ah! Sí... Muy bien, Blasito, muy bien. Siempre en la brecha. Así me gusta. (*A Adela.*) Es un santito.

Blas Hasta luego, si Dios quiere. (*Mutis foro derecha.*)

Adela ¿Es cierto, Pepe mío, que estás triste?

Pepe (*Melancólico.*) Es cierto, Adela.

Adela ¿Cuándo vamos a realizar nuestro sueño; cuando todo nos sonrío?... ¿No te sientes feliz?

Pepe ¡Ay, Adela!... Tan feliz me siento, que esa, esa, es precisamente una de las causas de la lucha que sostengo en mi corazón...

Adela ¿Por qué? ¡Pepe!

Pepe Porque me parece que no es del mundo tanta felicidad; que esto es demasiado...

Adela Dios quiere que seamos venturosos... Es el premio que nos otorga...

Pepe (*Con pasión.*) Pues si tú lo crees así, Adela mía, no lucho más... Me abandono al placer de amarte...

Adela Sí, Pepe, abandónate, abandónate...

Pepe ¡Adela!... (*Conteniendo un arranque pasional.*) Pero no... ¡no! Hay otra causa que nos separa.

Adela ¿Eh?

Pepe Por lo menos que envenenaría siempre mi vida.

Adela ¿Qué quieres decir?...

Pepe Tú conoces mi modo de ser, Adela; tú sabes que yo desprecio los bienes materiales; que casi me inspiran adversión... ¡Qué asco!...

Adela ¿No he de conocer tus delicadezas? Por eso te adoro... pero, ¿qué tiene eso que ver?...

Pepe Que tú eres rica y que me persigue a todas horas la idea de que alguien pueda sospe-

char que un amor tan desinteresado como el mío se inspire en la codicia...

Adela ¿Quién va a pensar en eso?

Pepe Cualquiera. El mundo está corrompidísimo; eso es patente, paladino y palmario... Lo mejor será que desistamos de la boda...

Adela ¡¡Pepe!!

Pepe Yo ingresaré en una Orden monástica, y desde el fondo del claustro pensaré en ti y ofreceré al cielo mi sacrificio.

Adela No piensas lo que dices, Pepe de mi alma... El que yo esté en una posición desahogada...

Pepe ¿Desahogada nada más, Adela?... No, no me engañes. Tu patrimonio debe ser considerable... Yo no lo sé, pero lo calculo.

Adela Sí; es verdad... Nunca hemos hablado...

Pepe (*Rápidamente.*) Ni es preciso... ¿Para qué?... ¡Hablar de intereses!... ¡Nunca! Pero, claro; yo imagino...

Adela Sí, Pepe; soy rica; muy rica.

Pepe ¡Ay!... ¿Estás viendo?

Adela Y es necesario que sepas el estado de mi fortuna, puesto que tú has de ser en lo sucesivo su administrador.

Pepe ¡No! Yo no tocaré nunca a un real. ¡Nunca!

Adela ¡Pepe!

Pepe ¡Nunca!

Adela Vamos; deja esas delicadezas exageradas, que me hacen sufrir. Cualquiera diría que no tienes confianza en mi cariño.

Pepe ¡¡Adela!!...

Adela Realmente y gracias a Dios... no estamos mal. El otro día me presentó mi apoderado el balance del año, y el capital pasa de los tres millones de... duros...

Pepe (*Casi estomacalmente, medio cayéndose.*) ¡Aaay!...

Adela Muy saneados, eso sí.

Pepe ¡¡Y saneados!!... ¡Dios mío!

Adela No sufras por eso.

Pepe (*Como si lo sintiera muchísimo.*) ¡¡Tres millones de duros!!... Y algo más, porque me has dicho que pasa.

Adela (*Tristemente.*) Sí, pasa.

Pepe (*Idem.*) ¿Mucho?

Adela Mucho.

Pepe (*Tristísimo.*) ¿Como cuánto?

- Adela** Te lo diré aunque te cause pesar; pero no sé mentir: cuatro millones de pesetas.
- Pepe** (*Medio cayéndose.*) ¡¡Diez y nueve millones de pesetas!!... ¡¡Adela!!
- Adela** ¡Pepe! ¿Qué te sucede? ¡Te has puesto pálido!...
- Pepe** Nada, la, la... la la... ¿No exageras, Adela?
- Adela** No.
- Pepe** ¡¡Ciento cincuenta y dos mil duros de renta, al ocho por ciento!!...
- Adela** Olvida esas cifras, Pepe mío.
- Pepe** ¡Imposible, Adela!... ¡Ay! ¿Cómo voy yo a aceptar esa fortuna y esa administración?... Ponte en mi caso.
- Adela** La riqueza nunca sobra, por grande que sea, a quien es caritativo.
- Pepe** Es verdad.
- Adela** Mientras más ricos seamos más podremos hacer por los infelices. Daremos mucho, mucho... Tú correrás con todo y yo no te pondré tasa jamás.
- Pepe** ¡¡Adela!!
- Adela** ¡Pepe mío!
- Pepe** Sí, tienes razón; no lucho más; me entrego. Haremos el bien a manos llenas... ¡Qué felicidad! Precisamente ahora iba yo a hablarte de una cosa que se relaciona con esa... ¿Necesitas algo?
- Adela** ¿Necesitas algo?
- Pepe** Yo, no; sabes que a mí me sobra todo. Se trata de Blas.
- Adela** ¿Qué le sucede?
- Pepe** El no quiere decírtelo por timidez y me ha encargado que lo haga en su nombre. Se ha metido en una empresa... costosa, pero utilísima... ¡Una obra admirable!... La buena Prensa.
- Adela** ¡Oh!
- Pepe** Me ha dicho que necesita... sí, eso es... diez y nueve mil pesetas...
- Adela** Pues si a ti te parece que debo dárselas...
- Pepe** ¿No ha de parecerme? ¡Figúrate! ¡La buena Prensa!...
- Adela** Pues mira, cabalmente traigo dinero. Pedí al administrador treinta mil... Acabo de pagar las nueve mil de tu cuarto de baño...
- Pepe** (*Amoroso.*) No digas mío solamente: ¡di nuestro.
- Adela** (*Avergonzada.*) ¡Pepe!...

- Pepe** (*Cargando.*) ¡Adela de mi vida!...
- Adela** (*Hecha jalea.*) Cuando me hablas así me olvido de todo.
- Pepe** ¡Mujer!...
- Adela** Sí: me olvido de todo.
- Pepe** Pues hay que vivir en la realidad. ¿Decías que tenías ahí?...
- Adela** ¡Ah! Sí... (*Saca un sobre.*) Debe haber aquí veintiún mil pesetas, quitando dos... (*Lo hace.*) Toma. (*Le da los billetes y el sobre.*) Y toma también, guárdame estas dos mil pesetas.
- Pepe** Con mil amores. (*Mete en el sobre un puñado de billetes y guarda otros en diferentes bolsillos.*) Acabas de hacer un bien muy grande, Adela.
- Adela** ¿Estás ya menos triste?
- Pepe** Me siento tan satisfecho, que estaba por proponerte algo que puede que te sorprenda.
- Adela** ¿Qué quieres proponerme?
- Pepe** Que nos demos un abrazo.
- Adela** (*Ruborosisima.*) ¡¡Pepe!! ¿Qué dices?... ¿Tú?...
- Pepe** No te alarmes. Es un abrazo exento de todo pecado, casi místico.
- Adela** Si es así... aunque yo no abrace... me dejaré abrazar.
- Pepe** (*Abrazándola, tierna, suavemente.*) ¡Mi santita, mi santita!... (Nada, que me gusta muchísimo.)
- Adela** (*Secándose una lágrima.*) ¡Qué bueno eres, Pepe!
- Pepe** Y tú, qué rica... ¡qué rica!
- Adela** (*Oyendo pasos.*) ¿Eh? ¿Quién?
- Pepe** Es Blas.
- Blas** (*Entrando en escena por la derecha, último término.*) Pepe.
- Pepe** ¿Qué, Blasito?
- Blas** Ahí está esa señora...
- Pepe** ¡Ah!... Sí... Voy. Tiene mucho interés el señor Obispo...
- Adela** ¿Por qué no la recibes aquí? Yo voy a ver lo que hacen Felisa y las chicas... Digo, si no me echan de nuevo.
- Pepe** ¡Por Dios!... ¡Ah! Blas: besa la mano dadivosa de Adela. Lo de la buena Prensa es un hecho. Acaba de darme esas pesetas...
- Blas** ¡Gracias, mamita!...

Adela Dalas a Dios Nuestro Señor, que nos ha puesto en condiciones de hacer el bien. Hasta luego. En el salón estoy.

Pepe ¡Adiós, Adela!...

Adela ¡Adiós, Pepe!... *(Se va por el último término de la izquierda.)*

Pepe *(Tras una breve pausa.)* Qué, ¿es ella?

Blas Sí.

Pepe ¿Cómo viene?

Blas De oscuro, guantes grises...

Pepe Digo su aspecto.

Blas Guapísima.

Pepe ¡Y dale!... Quiero decir, si viene furiosa..

Blas Al contrario. Aparenta una frialdad que hiela la sangre.

Pepe ¡¡Malo!!... Escucha: ¿sonríe así con la parte derecha de la cara nada más?

Blas Sí.

Pepe ¡Jesús!

Blas Sí: es una sonrisa que hiere como una daga de Florencia.

Pepe Oye, Blasito, ¿qué bolso trae? ¿Te has fijado si es uno grande, con un broche ancho?...

Blas Sí.

Pepe *(Nerviosísimo.)* ¡Trae el revólver!

Blas ¿Eh? ¿Qué vas a hacer, Pepe?

Pepe ¿Yo? ¡Yo, nada, hombre! Digo que ella trae el revólver. Por lo que vislumbro, viene dispuesta a todo. ¡Qué pena, Blas!... ¡Perder diez y nueve millones de pesetas!... ¡¡Ciento cincuenta y dos mil duros de renta!!...

Blas *(Encandilado.)* ¿Qué estás diciendo?

Pepe Que esa es la fortuna de tu suegra: acaba de hacerme arqueo.

Blas ¡¡Diez y nueve millones!!... ¡¡Pepe Cuervo!!

Pepe ¡Perder esa fortuna!... ¡Con lo que me está gustando!... ¡No! ¡Cien veces no! ¡Si hay que herir, se hiere; si hay que matar, se mata!... Después de todo, esa mujer... Escucha, Blasito, ¿estás seguro de que trae el bolso grande?...

Blas Sí. Déjame con ella. Tal vez yo la convenza...

Pepe Cómprala. Aquí tienes diez y ocho mil pesetas... *(Le da el sobre.)* Ofrécela cuanto se te ocurra; tira por largo, no me asustan las cifras. El asunto es parar el golpe; que pue-

- da yo casarme con Adela y luego... Dios dirá.
- Blas** Bien, bien; déjame con ella. (*Hace sonar un timbre.*)
- Pepe** Si me lo arreglas, Blasito, serás mi hijo predilecto.
- Blas** Perfectamente. Vete y entretén a la familia...
- Juana** (*Por la derecha.*) Ave María Purísima...
- Blas** Sin pecado, Juana.
- Juana** El señor dirá...
- Blas** Una señora que hay en la salita...
- Juana** Sí, señor; una señora bien parecida con un bolso grande...
- Pepe** (*Estremeciéndose de pies a cabeza.*) Hasta luego, Blasito... (Quiá, yo escucho desde aquí, por si acaso...) (*Vase Pepe por la primera puerta de la izquierda.*)
- Blas** (*A Juana.*) Suplique a esa señora que pase.
- Juana** Bien, muy bien. (*Se va por la derecha último término.*)
- Blas** (*Sacando los billetes del sobre y contándolos.*) Al instante le doy yo las diez y ocho mil pesetas... ¡Está fresca! ¿Eh? ¡Caracoles! Valiente punto. Me dice que hay diez y ocho mil pesetas y no hay más que once mil. En cuanto hay billetes se distrae de una manera... Hasta cuando vamos al teatro, como tome él los billetes se queda con más de uno. (*Guardando el sobre.*) En fin, a ver si la convenzo y se va con el dinero del viaje. Aquí está ya... (*Se acerca al foro derecha, por donde entra en escena Madame Chamblan, una mujer joven aún y elegante, que habla con un leve acento francés.*) Señora...
- Ninón** (*Extrañada.*) ¿Eh?...
- Blas** Le extrañará que sea yo quien la reciba... pero... tenga la bondad de tomar asiento... Aquí estará más cómoda... (*La sienta en el centro de un sofá.*)
- Ninón** (*Secamente.*) Gracias.
- Blas** Permítame que la ponga este cojín... (*Lo hace.*)
- Ninón** Gracias.
- Blas** Además, que sentándose ahí recibe usted la luz azulada de la vidriera ¿eh? y le hace...

- ¿eh? Aunque parezca imposible, esa luz realza sus bellezas...
- Ninón** Gracias.
- Blas** Pues sí... (*Poniéndole otro cojín a los pies.*)
Permítame para los pies...
- Ninón** Gracias. (*Se sienta Pepe en un sillón no muy cerca de ella.*)
- Blas** Pues como le decía, Pepe no está en Madrid; le están haciendo el «trousseau» en Barcelona, en Tarrasa... Pero yo, que tengo el honor de saber quién es usted, he querido recibirla; primero, para tener el placer de saludarla y de ponerme a sus órdenes.
- Ninón** Gracias.
- Blas** Y después, para hacerle algunas reflexiones, siempre con el respeto a que es acreedora una dama de tanto talento y de tanta hermosura.
- Ninón** Gracias.
- Blas** Porque es lo que yo digo: ¿qué va usted a conseguir con dar un escándalo?
- Ninón** Escándalos, nunca, simpático joven.
- Blas** (*Acercándose a Madame Chamblan, al mismo tiempo que ella se acerca a él.*) Gracias.
- Ninón** ¡No, no, no!... No me convienen los escándalos. Me he establecido en Burdeos; tengo allí una gran tienda de sombreros, que pongo a su disposición...
- Blas** Gracias. (*Se acercan mutuamente, de nuevo.*)
- Ninón** He inaugurado una sucursal en Madrid, que también se la ofrezco...
- Blas** Gracias.
- Ninón** El nombre de madame Chamblan comienza a cotizarse y un escándalo sería funesto para mi negocio. Debe usted comprenderlo así, con su gran talento.
- Blas** Gracias.
- Ninón** Tampoco soy ninguna chantagista que viene aquí buscando unos billetes... ¡Oh, no, no!... Mis negocios, como se dice en España, van viento... viento... ¿es pompa o popa?
- Blas** Popa, señora; popa toda la vida.
- Ninón** Gracias. Pues van viento de popa y me sobra el dinero.
- Blas** La felicito.
- Ninón** Gracias.
- Blas** Entonces no me explico...

- Ninón ¿Eh?
- Blas Digo, encantadora y gentilísima madame...
(*Ya muy juntos.*)
- Ninón Gracias.
- Blas Que no me explico el objeto de su gratísima visita...
- Ninón Deseo hablar un instante con la infeliz mujer que va a dar su mano y su fortuna a ese gran canalla, sinvergüenza a quien yo he querido tanto, ¡asesino!... (*Abre el bolso y se seca los ojos con su pañuelo. Serenándose un poco.*) Si después de lo que yo le diga a ella de él, insiste ella en casarse con él, allá ella y él. No volveré a mezclarme jamás en los asuntos de él.
- Blas Bien, bien; pero reflexione, angelical señora, que lo que se propone...
- Ninón ¡Lo que me propongo, lo cumplo! ¡De aquí no he de salir sin lograr mis deseos!... Cuando yo tomo una decisión, la llevo a cabo cueste lo que cueste. Las de mi país somos así: soy de Luchón.
- Blas ¡Oh! ¡Luchón!... Lo conozco, ¡Lindísimo!... ¡La perla del bajo Pirineo. ¡Tres jolies! ¡Tres, tres, tres! Les thermes; l'avenue de Carnot; la rue de Sylvie; le lac de Lys... ¡Viva le France!...
- Ninón Gracias, pero insisto en mi propósito de hablar con esa mujer.
- Blas Me parece admirable; más aún, creo que cumple usted con un elemental deber de conciencia, y como en las nobles causas me gusta officiar de paladín, yo mismo prepararé esa entrevista.
- Ninón Gracias.
- Blas Sírvase decirme en qué Hotel se hospeda y espéreme en él de seis a ocho...
- Ninón Caballero, soy de Luchón. No he de salir de aquí sin hablar con esa señora.
- Blas (*Viendo a Felisa, que entra en escena por el foro izquierda.*) Sea. Ahí la tiene usted.
- Felisa (*Creo que lo dejé aquí, junto al sombrero...*)
- Blas (*A Madame Chamblan, que se ha puesto de pie. Muy en alta voz y muy enfáticamente.*) Ahora bien, señora, no olvide usted que esta mujer ha sido engañada, como usted, por ese monstruo.

- Felisa** (*Estupefacta y sin comprender.*) ¿Eh?...
¿Qué?
- Blas** (*Como antes.*) ¡Que esta mujer es inocente!
- Felisa** Pero... ¡Ay! ¿Qué sucede, Blas?
- Blas** (*A Felisa, muy en trágico.*) ¡Valor, señora, valor!...
- Felisa** ¡Dios mío! ¿Pero ocurre alguna desgracia?
- Blas** Para usted, la mayor de todas.
- Felisa** (*Asustada.*) ¡Ay!
- Blas** Señora, el hombre a quien usted ama, el hombre por quien iba usted a dejar el relativo encanto de la viudez, al que usted se imaginaba bueno, honrado y leal... es indigno de su cariño.
- Felisa** ¡¡Blas!!
- Blas** (*Por Madame Chamblan.*) Esta infeliz mujer, su... amiga de muchos años, lo asegura. Lo asegura y lo prueba.
- Ninón** Lo asegura y lo prueba.
- Felisa** ¡Jesús!
- Ninón** He tenido relaciones con él durante catorce años.
- Felisa** ¡Dios mío!
- Ninón** Aunque otra cosa afirma, es a mí, solo a mí, a quien adora. Me ha dado ciento quince veces palabra de casamiento.
- Felisa** ¡Qué horror!
- Ninón** Para poder casarse con usted me envió a mi país valiéndose de engaños, y al enterarme yo de sus planes, al escribirle afeándole su proceder, me contestó diciéndome: «La boda que proyecto es un negocio como otro cualquiera; se trata de una viuda tonti-locas que se ha prendado de mí con un fuego tan ridículo como caústico. No temas, monada. En cuanto entre a saco en su caja, volaré a verte con medio millón de pesetas para que lleguemos a la culminancia del juergueo a costa de mi nupcialismo.»
- Felisa** ¡¡Canalla!! Yo sabía también que había tenido una amante, pero creía que había terminado con usted para siempre.
- Ninón** Por mi parte, sí, madame. ¡Para siempre! Jamás volveré a verle. Aunque de Luchon tengo mi dignidad. No he querido que la haga desgraciada y por eso he venido a delatarte. De este modo me vengaba y cumplía al mismo tiempo un deber de humanidad.

- Felisa** ¡Gracias! Ese hombre acaba de morir para mí.
- Ninón** Crea usted, señora...
- Felisa** (Con altivez.) ¡Basta! (Queda sentada y abatidísima.)
- Ninón** (Despidiéndose con una ceremoniosa reverencia.) Madame... (A Blas, que ha hecho sonar un timbre.) Caballero...
- Blas** Señora, me ha conmovido usted. Su propósito de no volver a ocuparse de ese hombre, merece una loa muy grande. Es usted la Juana de Arco de Luchon.
- Ninón** Y usted, tres simpatique. Hotel Coruña, cuarto número catre, bis. Buenas tarde.
- Blas** Buenas tardes. (Se va por el último término de la derecha Madame Chamblan. Aparte a Pepe, que entra en escena por la primera puerta de la izquierda, y después de darse sendos abrazos.) Le he dado lo que había en el sobre.
- Pepe** Te advierto, Blasito, que he presenciado toda la entrevista. No le has dado nada. Anda, anda; propala lo ocurrido y toma. Te las has ganado. (Dándole unos billetes.)
- Felisa** (Que continúa abstraída y llorosa.) ¡Yo en el limbo y él en el limo!... ¡Qué horror! Una a una se han desplomado mis pobres ilusiones. ¡Y con el «trousseau» hecho!... ¡Qué dolor y qué plancha!
- Blas** Valor, Felisa... Hasta en las más grandes adversidades, hay siempre motivo para dar gracias a Nuestro Señor.
- Felisa** Déjeme, Blas; déjeme en mi abismo...
- Blas** ¡Pobre amiga mía!...
- Felisa** Diga a Adela lo que sucede; yo ahora no tendría fuerzas... (Queda abatidísima.)
- Blas** Hasta ahora. (Se va por la izquierda.)
- Pepe** (¡Es una perla!... (Por Felisa.) ¡La pobre!... Siempre hay alguien que paga el pato. La vida es así.)
- Felisa** ¡Ay, amigo Cuervo!... ¿Le ha contado Blas?...
- Pepe** Sí, acaba de decirme... Lo siento con toda mi alma. ¡Ese Roque!... Y la pájara en cuestión no me es desconocida. No recuerdo cómo se llamaba la desgraciada... (Haciendo memoria.) (Caramba, ¿cómo se llamaba

- aquella alemana guapetona que tenía relaciones con Chacachaca?...) **Felisa** ¿Cómo dice usted que se llama? **Pepe** ¡Ah, sí! Elza Brothen. Una mujer muy peligrosa, pero al mismo tiempo de un gran corazón.
- Felisa** ¡Ese Roque!... ¡Canalla! Tanta promesa, tanta palabra de honor, tanto juramento y luego... nada, un comediurgo pastelista sinvergüenza. ¡¡Miserable!!...
- Adela** (Con Cándida, Beatriz, Luis y Blas, por la izquierda.) ¡¡Felisa!!
- Felisa** ¡¡Adela!! (Se abrazan.)
- Adela** Llora, Felisa; desahógate...
- Felisa** Todo mentira, Adela; todo falso: su amor, su exquisitez, su abnegantismo...
- Beatriz** ¡Qué espanto!
- Cándida** ¡Dios mío!
- Luis** ¡Qué horror, Pepe!
- Pepe** ¿Te ha contado Blas?...
- Luis** Sí, y... ¡qué horror!...
- Pepe** El mundo, hijos míos...
- Adela** Cálmate; oigamos al Apóstol.
- Pepe** El mundo, hijos míos, está más corrompido de lo que creemos. El mal ha llegado a la cumbre y no quiere desalojar la cumbría.
- Adela** Háblala, consuélala; haz otro milagro como el de Lercunchundi. Felisa, escucha. Va a hablarte el Apóstol.
- Pepe** Amiga mía. En nuestra calle de la Amargura, cuando llevamos sobre nuestros hombros la cruz del dolor y en nuestras frentes la corona del desengaño, no falta nunca la esperanza de un Cirineo, ni la alegría de una Verónica.
- Adela** (A Blas.) Qué dulce, ¿verdad? ¡Y qué grande!
- Blas** Es un ángel, señora. ¿Verdad, Luis?
- Adela** ¡Pepe!
- Luis** ¡Pepe!
- Pepe** ¡Hijitos! Nuestros hijos, Adela. ¡Nuestros hijitos!
- Juana** (Entrando en escena por el foro derecha y anunciando.) Don Roque Zaldívar. (Vase.)
- Blas** (Los hay oportunos.)
- Roque** (Entrando. Trae una cajita redonda, pequeña.) ¡Ay!... Toda la familia, toda la familia... Los dos matrimonios, el futuro matri-

monio... lo que diríamos toda la familia... eso es. Felisita... si aciertas lo que te traigo en esta caja, te doy uno de menta... Son legítimos de Cauteret. (A Pepe.) Me dijo que le gustaban los «berlingots» y los he mandado traer de Cauteret... ¿Eh? Pero, caramba, ¿qué ocurre? ¿Esas caras tan hoscas?... (Deja la cajita sobre la mesa.)

Adela Señor Zaldívar, usted es un hombre de talento y comprenderá que hay situaciones que no se caramelizan aunque traiga usted los «berlingots» en camiones.

Roque ¿Eh? ¡No comprendo!...

Felisa ¿No te has cruzado en la escalera con Elza?

Roque ¿Con quién?

Felisa Con Elza.

Roque Me he cruzado con Oltra, digo, con otro, pero ¿qué dices, Felisa?

Felisa Que la mujer con quien has convivido durante muchos años, la que recibió más de cien veces tu promesa de casamiento, la que enviaste lejos de España mientras ultimabas el negocio de tu boda, acaba de estar aquí y me ha denunciado tus perfidias.

Roque Eso no es posible. Elza está en su Patria, en Alemania.

Felisa ¡Ah! Confiesas...

Roque Confieso que terminé con ella hace mucho tiempo. No es posible que haya venido...

Pepe Yo la he visto, señor Zaldívar.

Blas Y yo.

Roque Pero si no es posible; si he recibido yo un telegrama de ella hace tres días...

Felisa ¡Dios mío! Y ayer mismo me juró... ¡Adela, te suplico que arrojes de tu casa a ese hombre!

Adela No será necesario, Felisa; el señor Zaldívar tiene el talento suficiente para comprender...

Roque De sobra, señora. Pero, vamos, no me lo explico. Estando en Alemania...

Adela Elza no es alemana, caballero; según dicen, es francesa, de Luchon...

Roque Ya decía yo que no era teutona; pero, claro, como ella quería agradar y veía que era yo tan germanófilo... En fin, lamento lo ocurrido; lo lamento, lo lamento... Yo tenía mis ilusiones, mis esperanzas... Creía que mi

suerte estaba echada, y estaba echada, pero echada sobre zarzas, sobre espinas... eso es; estaba lo que diríamos echada sobre espinas, y es claro, estaba echada, pero estaba molesta. Yo juro, a fe de heredero de don Ampelio Zaldívar de la Escosura y Aljaraque...

Adela
Roque

¿Eh?

Aljaraque. Yo juro, digo... eso es... que esta ruptura me costará muchas lágrimas... Buenas tardes. (*Cogiendo la caja de los «berlín-gots».*) Me los llevo, me los llevo. Me voy lleno de amargura, lleno de amargura. E... eso es.

Adela

¡Solo nosotros somos felices, gracias a tu santidad, Pepe mío!—*Telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día. En el mes de mayo.

(Al levantarse el telón están en escena, muy sentados y fumando sendos cigarros, PEPE, BLAS y LUIS.)

Blas *(Con un periódico en la mano.)* Hay días en que los periódicos no dicen nada importante, y hoy es uno de ellos.

Luis Claro, cuando nada ocurre por ahí...

Blas *(Leyendo.)* De «sports»... La copa Sánchez... Madri...gal...

Pepe Lee, Blasito. Todo lo que sea poesía me deleita. Además, los madrigales son mis composiciones favoritas.

Blas No, si no es ninguna poesía, querido Pepe; es un equipo de futbol que han organizado los operarios de la Casa Gal y que por eso se llama así: «Madrid-Gal.»

Pepe Perdona, querido; no he dicho nada.

Blas *(Leyendo.)* La corrida del domingo.

Pepe Hombre, la corrida del domingo; yo asistí por casualidad.

Luis ¿Tú? ¡Qué raro!

Pepe Y tan raro. Con ésta, es la cuarta vez que entro en una plaza de toros. No soy partidario de la fiesta. Fui con esos congresistas que han venido al centenario de San Lucas Torino. Por cierto que se rió la gente de mí, porque como en cuestiones de toros no entiendo de colores de pelo, salió uno canela fuerte, que luego he sabido que les llaman «corolaos», no sé por qué...

Blas Sí, hombre, «coloraos».

- Pepe** Pues, chico, yo no lo sabía y por decir algo dije: «Caramba, es bonito ese toro kaki.»
- Luis** (Riendo.) ¡Qué atrocidad!
- Blas** (Idem.) ¡Mira que un toro kaki!...
- Pepe** (Tosiendo.) ¡Demonio!... Decididamente me hace daño el tabaco. (Tirando el cigarro.) Ea, pues se acabó; ya no vuelvo a fumar.
- Blas** ¿Tendrás voluntad para ello?
- Pepe** ¿No la he tenido para otras cosas? Cuando hace un año y pico, a raíz de mi boda con Adela, os dije una tarde que se habían acabado para mí las juergas y los trapicheos y las tonterías, vosotros os reisteis; y ya habéis visto que no os engañaba; que no he vuelto, ni por un instante, a ser lo que fui.
- Luis** Es verdad. Y otro tanto puede decirse de nosotros; porque también nosotros estamos desconocidos.
- Pepe** Tan desconocidos. ¡Lo que cambian los tiempos!...
- Luis** Es que cada uno de nosotros ha tenido un motivo serio para variar de conducta. Por lo que a mí respecta... ¡caracoles!, le vi muy de cerca las orejas al lobo. ¡Por poco las lío!... Cuando se ve la muerte de cerca es cuando comprende uno lo que se expone al obrar mal. ¿No era una insensatez ir a gastarnos el dinero y la salud con aquellas bribonas?...
- Blas** Una insensatez, una barbaridad, una estupidez y un mal ejemplo, sobre todo, que los que tenemos hijos, debemos evitar.
- Pepe** Claro.
- Blas** Yo, el mismo día en que me comunicó mi mujer sus primeras esperanzas, me ofrecí solemnemente cambiar de conducta; y he cumplido mi ofrecimiento; porque desde que nació mi hijo no he tenido el menor desliz. Puedo asegurar que en mí no ha visto sino ejemplos honrados. Claro, que todavía él no se da cuenta, porque no tiene más que dos meses; pero ya se la dará, y conviene que desde pequeño se habitúe a las buenas prácticas.
- Pepe** ¡Cuánto me gusta oiros, hijos míos! ¡Así, así!... Confesad que mis sanos consejos también han influido en vuestra regeneración. Claro, señor, claro; bastante nos hemos di-

vertido en este mundo... Ahora, ya, seriedad, moralidad. ¡Paz, hijos míos, mucha paz!

Blas Sí, mucha paz, y, sin embargo, ahora que estoy satisfecho de mí mismo, mi mujer no... no corresponde a mis bondades; no sabe apreciarla. Antes, cuando yo era un canalla y un hipócrita, estaba ella encantada, pendiente siempre de mis deseos, y ahora que soy bueno de veras la encuentro desabrida, áspera, algunas veces hasta irritada contra mí.

Luis ¿De manera que Cándida también? Pues, chico, no sé qué mosca les habrá picado, porque Beatriz tan cariñosa, tan dulce, se ha vuelto malhumorada, irascible...

Blas Tendría gracia que ahora, que nada tenemos que reprocharnos, comenzaran ellas a desconfiar...

Luis Y todo esto tiene su origen en la vuelta de Felisa. Con su llegada a Madrid ha coincidido todo. ¿Qué crees tú que será esto, Pepe?

Pepe ¡Quién sabe! Puede que sea un castigo de Dios. Si es así, lo hemos merecido y tenemos que resignarnos.

Blas ¿Hablas en plural?...

Luis ¿Acaso tú también?

Pepe Sí, hijitos, sí; también hay nubes en mi cielo. Adela, la perla de las esposas, la perfecta casada de Fray Luis, hace dos semanas que está fría, desdeñosa, enojada...

Blas ¡Pues chico!...

Pepe ¡Bah! Ya se le pasará. No le he dado motivo de ninguna clase... Para mí en el mundo no hay ya más que ella.

Luis *(Escuchando hacia la derecha.)* Cuidado.

Pepe ¿Es la interfecta?

Luis No, son nuestras costillas.

Blas Qué, ¿jugamos ese tresillo?

Pepe Aguarda un poco, hombre, no vayan a creer que huímos de ellas.

Blas ¡Por Dios!...

(Por el foro derecha entran en escena CANDIDA y BEATRIZ. Vienen de la calle.)

Cándida Hola.

Beatriz Buenas tardes.

Pepe Pronto se ha dado la vuelta.

Blas En efecto.

- Luis** ¿De dónde venís?
- Beatriz** De... ahí... de... allá. De eso.
- Luis** Quedo perfectamente enterado.
- Beatriz** (*Secamente.*) ¿Te interesa mucho saberlo?
- Luis** Todo lo tuyo me interesa.
- Cándida** (*Con cierto retintín.*) Mujer, puede que tenga celos.
- Luis** ¿Eh?
- Cándida** Que crea que nosotras somos de las que dicen que vienen de... Avila, de oír predicar al obispo, cuando vienen de... Aranjuez de freir espárragos. (*Rien Beatriz y Cándida.*)
- Luis** (¡Sopla!)
- Blas** (¡Atiza!)
- Pepe** (¡Malo!)
- Cándida** Vamos, dile de dónde venimos, para que no sufra.
- Beatriz** Sí, hombre... (*Con chufleta.*) Venimos del convento de los capuchinos.
- Luis** (*Quemado.*) ¿Y no falta ningún fraile? ¿Los habéis contado bien?
- Beatriz** (*Mimosa.*) Falta uno, cielín.
- Cándida** Sí, uno que ha muerto en misiones ahí en... África.
- Beatriz** En Argel; mejor dicho, en el Sahara, riquito; ya sabes, monín, se sabe de Argel, se toma hacia la izquierda, luego hacia la derecha... El camino de San Luis.
- Cándida** La avenida de las palmeras.
- Pepe** (¡Azúcar!)
- Beatriz** De las palmeras y de los cocos.
- Pepe** (¡Aprieta!) (*Cada una de estas cosas es una puñalada para los tres.*)
- Beatriz** ¡Pobre Fray Gonzalo! Unos salvajes le salieron al paso diciendo... ¿Cómo era pan con carne? ¡Ah! «Aum jam jaum. Aum jam jaum...» y se lo comieron. No tuvo la suerte que tuviste tú, cielo mío, que a ti no te comió nadie, con lo rico que eres.
- Luis** Has dicho todo eso de un modo, Beatriz, como si dudara.
- Beatriz** ¿Dudar de ti que eres un ángel?
- Luis** Un ángel, no; pero sí un hombre que procura cumplir con sus deberes, que está contento de sí mismo y que tiene muy tranquila su conciencia.
- Cándida** Nada, nada; no hay que enfadarse. Son dos santitos, dos santitos.

- Blas** ¿Qué significan esas reticencias, Cándida?
- Cándida** ¿Reticencias?... ¡Por Dios, monín!...
- Blas** Sí, sí; reticencias. Hace tiempo que no eres lo que siempre has sido para mí y es preciso que hablemos francamente, que tengamos una explicación. Por fuerza hay algo que me ocultas y que es preciso que se ponga en claro. Alguna calumnia, quizá.
- Cándida** ¡Pobrecito, le han calumniado!...
- Blas** Sí, no puede ser otra cosa, porque mi conducta es bien transparente, y desde que nació nuestro Eduardín...
- Cándida** (*Muy agriamente.*) ¡Calla! El niño es el comodín que has buscado para...
- Blas** (*Asombrado del tono y del gesto.*) ¡¡Cándida!!
- Beatriz** (*Mediando.*) Déjale, mujer; no merecen que nos disgustemos.
- Luis** ¡¡Beatriz!!
- Pepe** Vamos, calma, calma... Cuando los nervios están excitados, lo peor es hablar y discutir... Se sabe cómo se comienza, pero no puede precisarse cómo se va a terminar. Ea, vamos a nuestra partida de tresillo.
- Blas** Es que...
- Luis** Considera, Pepe...
- Pepe** Nada, nada; no hay que volver sobre el asunto.
- Cándida** Es lo mejor.
- Pepe** Sí, es lo mejor; pero conste que hacéis mal, que ofendéis a la Providencia al no apreciar la ventura que supone el tener unos maridos como éstos.
- Beatriz** (*Irónica.*) ¡Oh!
- Cándida** (*Idem.*) Ya lo creo. Son ¡dos benditos de Dios.
- Blas** Sí, Cándida, sí; y por mi parte, te juro que en este instante miro al fondo de mi alma y no veo en ella ni sombra de pecado mortal. Lo mismo digo.
- Luis**
- Cándida** } ¡Ja, ja, ja, ja!...
- Beatriz** }
- Blas** (*Aterrado.*) ¡Y se ríen!
- Luis** (*Idem.*) ¡Y no nos creen!
- Blas** ¿Pero hay desgracia mayor?...
- Pepe** Vamos, vamos a nuestro tresillo. Vamos, hijitos míos, y no entrísteceros por esta levísima escaramuza, que no es más que una

- nueva prueba del cariño de vuestras esposas. Esto es patente, paladino y palmario. (A ellas.) Hasta luego, nenas, hasta luego. (Se va, llevándose a Blas y a Luis por la izquierda, primera puerta.)
- Beatriz** Te advierto que van llorando de verdad, Cándida.
- Cándida** Ya lo he visto, Beatriz. Esto es para volverse loca.
- Beatriz** Y así llevamos quince días.
- Cándida** Y si al cabo de ellos hubiésemos salido de dudas y confusiones, menos mal; pero estamos peor que al principio, muchísimo peor. Cada vez son más contradictorios los informes y los descubrimientos. Ayer averigué que Blas no ha pertenecido nunca a la Adoración Nocturna; señal de que me ha engañado, y hoy me dicen en la Junta parroquial, que va a la catequesis asiduamente y que edifica a todos por su amor a los niños—señal de que no miente del todo.
- Beatriz** Que es lo mismo que me pasa a mí con Luis; por una parte sé que aquel viaje a Africa, como otras muchas cosas, fueron mentira... y por otra parte, tú misma oíste lo que nos contaron el lunes en la conferencia: que no deja de asistir nunca y que es uno de los que más se distinguen por su celo. ¿En qué quedamos, nos engañan o no?
- Cándida** Mira, Beatriz, nos engañan y nos engañan. El testimonio de Felisa es inexcusable. Cuando venga haz que te cuente lo que le ocurrió en París con madame Chamblan y te convencerás.
- Beatriz** Es que ese engaño no se refiere más que a Pepe, que era el... amigo de madame Chamblan.
- Cándida** Sí, pero nuestros maridos fueron los que fraguaron la superchería haciéndole creer que Felisa era mamá... Luego estaban de acuerdo con él y le protegían... De modo que si Pepe es un pillo, Blas y Luis son sus cómplices y son tan pillos como él. (*Rumor de voces dentro.*)
- Beatriz** Calla, ahí viene mamá.
- Cándida** ¡La pobre está también pasando unos días!...
- Beatriz** Así está de nervios, la infeliz.
- Cándida** Como que es mucho cuento, casarse con un

santo y resultar el santo un... ¡Y con lo enamorada que está de él!

Beatriz

¿Y a nosotras no nos ocurre otro tanto?

Adela

(*Entrando como una tromba, por el foro derecha. Viene también de la calle.*) Nada, no hay manera de conseguir las cosas. He dicho que no pongan en el descansillo de la escalera el limpia-barros de las iniciales y allí está el limpia-barros. Por lo que se ve aquí hace cada uno su santísima voluntad. ¿Qué necesidad tengo yo de que se limpie nadie los pies en mi anagrama? A ver, tú, Beatriz, toca dos... Es decir, no toques nada, no lla-mes a nadie, no quiero ver a nadie... (*Quitándose el sombrero y tirándolo.*) Anda y que se hunda el mundo y que se lo lleve todo la trampa. ¡Uf!... (*Se deja caer en una silla.*) ¡Dame un abanico!... ¡Un abanico, un abanico, un abanico!...

Cándida

¡Mamá, por Dios santo!... ¿De dónde saco yo ahora un abanico? ¡Jesús y cómo vienes!

Beatriz

¿Has averiguado algo desagradable?...

Adela

¡Sí; pero no puede ser: no es posible! Pepe no puede ser un monstruo, y lo sería si me engañase. El hombre que conocí oyendo en San Pascual misa con aquel fervor; el esposo que juzgaba perfecto y al que adoro... ¡Porque le adoro aún!...

Cándida

¡Mamá!

Adela

No puede ser un profesional de la... cocotería...

Beatriz

¡Mamá!

Cándida

¡Ay!... (*Por un jarrón que hay sobre un mueble.*) A ese jarrón no le han mudado el agua y yo estoy oliendo mal.

Cándida

Se la he mudado yo misma.

Adela

No sé ya ni lo que huelo... ¡Ay, Dios mío!

Beatriz

¿Pero de dónde vienes?

Adela

De donde todos los días: de indagar, de hacer averiguaciones...

Cándida

¿Pues no tenías a un policía encargado de eso?...

Adela

Tengo a nueve; a todos los de la Agencia. En ella acabo de estar ahora mismo...

Beatriz

¿Y has sabido algo nuevo?

Adela

Las contradicciones de siempre, hija mía. Según el «dossier»... Dadme un pañuelo.

- Cándida** (*Dándole el suyo.*) Toma y continúa, que me tienes intrigadísima.
- Adela** Pues según el «dossier»... (*Se acerca el pañuelo a la cara y lo tira.*) ¡Uf!... ¡Aaaj!... ¡Qué perfume!... (*Limpiándose la cara con las manos.*) ¡Quita!... ¡Oooj!...
¡Jesús!
- Cándida**
- Beatriz** Toma el mío. (*Le da el suyo.*)
- Adela** Gracias.
- Beatriz** ¿Y qué decías?...
- Adela** Que según el «dossier»... ¡Aquel cacharro va a caerse!... Pues según el «dossier», Pepe ha sido una especie de gran turco...
¡Qué espanto!
- Beatriz**
- Cándida** ¿Es posible?
- Adela** Sí, hija mía, sí; ha tenido amores con más de treinta mujeres. ¡Y qué mujeres, a juzgar por los apodos!... La Lunares... la Cachitos... la Salvaje, la Serrana... la Charrana...
¡Dios mío!...
- Beatriz**
- Adela** Bien es verdad que ellas también le daban a él unos nombres... Una le llamaba Pepehillo, otra Pepitaina, otra Pepitorio y otra... asombraos, otra, creo que la Cachitos, le llamaba Don Líquido.
¡Jesús! ¡Don Líquido!
- Cándida**
- Adela** ¿Qué les da a las mujeres, que se le rinden todas?... ¡Es preciso reconocer que tiene gancho! ¡Qué hombre tan grande!
- Beatriz** Sigue, mamá, no divagues.
- Adela** ¿Qué estaba yo diciendo? ¡Ah! Que después de todo esto, los agentes encargados de seguirle los pasos me aseguran que su conducta actual es, no ya correcta, sino piadosa, ejemplar.
Como nuestros maridos, igual que nuestros maridos.
- Cándida**
- Adela** Hay para enloquecer. Yo, bajo cuerda, mandé hacer un arqueo para ver lo que gastábamos desde mi boda, y me han dicho en las oficinas que nunca hemos gastado menos que ahora, y que nuestra renta ha aumentado muchísimo, gracias a las inicitivas de Pepe.
- Juana** (*Por el foro derecha.*) ¿Señora?...
- Adela** ¿Eh? ¿Qué?
- Juana** (*Presentando una tarjeta.*) Este señor...
- Adela** (*Leyendo.*) Dodon Remüller: de la Agencia de

informaciones secretas «La Discreción»... Sí, que pase.

Juana Bien, muy bien. (*Se va por donde vino.*)

Adela Es el alemán que sigue a Pepe en moto. No estaba en la Agencia cuando yo fui, y como le encargué una averiguación especial... Aquí está ya. Dios me dé un poco de calma, porque este Remüller es también de los que me sacan de mis casillas.

Remuller (*Deteniéndose en el foro derecha.*) Buenas tajdes a usted y a las otras dos.

(*Habla con marcado acento alemán, y lo mismo puede tener veinticinco años que cuarenta y dos. Es un tío cuadrado, cuadrado de cabeza, de cara, de tronco y hasta de peanas. Viste bien, un poco raro, sin exageración.*)

Adela Pase usted, don Dodon... es decir, señor Remüller; porque sé que no le gusta que le llamen don Dodon.

Remuller ¡Oh! No, señora; en España se presta al... eso del... aquello de la broma grande, de la capicúa, de la cuchufleta, y yo prefiero siempre el Remuler; que no es tampoco Remuler, porque yo, para servirle a usted y a estas dos, no me llamo Remuler. Yo soy Muler y Muler, dos veces seguidas Muler; pero unò de aquí, de allí, de aquéllos. de esos, de allá...

Adela (*Nerviosa.*) ¿De dónde, de dónde?...

Remuller De la oficina.

Adela (*Respirando.*) ¡Ah!

Remuller Digo que dos veces Muler era Remuler, y como nuestro director es francés y a mí me mira siempre por encima del hombro de él, un poco así de lado, pues me dijo que yo tenía que ser Remuler, y soy Remuler, pero yo soy Muler y Muler.

Adela Bien, bien, bueno; vamos a lo nuestro, que es lo que interesa.

Remuller Sí, señora.

Adela Siéntese.

Remuller Sí, señora. (*Se sienta.*)

Adela ¿Averiguó usted lo que le encargué?

Remuller ¿Lo de ése, de aquél, de éste, de Lercón... Larcón, Lurcún?...

Adela Lercunchundi.

Remuller ¡Ah, Lercunchundi! Con tanto nombre, cual-

- quiera se «confundi», y yo me lío, me lío... Hace falta mucho bastante tiempo en España pa... pa saber y pa...
- Adela** Para, para.
- Remuller** ¿Cómo?
- Adela** Que no es «pa», que es para.
- Remuller** Gracias.
- Adela** Bueno, ¿y qué? Aquello del milagro de hacerle hablar...
- Remuller** ¡Oh! Paramema, paramema; todo una paramema.
- Adela** Pa, pa.
- Remuller** ¿Cómo?
- Adela** Que no es para, que es «pa».
- Remuller** ¿En qué quedamos? Yo me lío, señora.
- Adela** Bueno, pero cuénteme; no hubo tal milagro, ¿verdad? Lercunchundi habló...
- Remuller** ¡Oh! Habló, porque si no habla, revienta todo él como un «quitricatre». Le había ocurrido con él una cosa grande, graciosa, fuerte, para reír. (*Ríe de un modo raro.*) El, éste, ese de aquí, el de acá... don... Cuejvó...
- Adela** Sí, sí...
- Remuller** Dijo en el Casino, que él sabía de un medio infalible, seguro, de sacar una vez al año el premio más grande de la lotería. El otro, el de antes, aquél, el vascongado de alá.
- Adela** Lercunchundi.
- Remuller** Lercunchundi dijo que eso era una grande mentira, y éste, el de usted, todo enérgico, contestó: «Usted deposita mil duros en cualquier parte, yo escribo en un papel lo que hay que hacer, y si un Tribunal de amigos que usted nombre no dice que yo tengo toda la razón, yo renuncio a los mil duros.» Lercunchundi dijo que conforme; depositó el dinero y el señor Cuejvó escribió en un papeletito: «Para sacar el premio grande de la lotería, basta en comprar todos los billetes.» (*Ríe.*) ¡Jo, jo, jo!... ¡Y se quedó con los mil duros. Gracioso fuerte!
- Adela** Pero eso es una broma de buen género que no tiene importancia.
- Remuller** Lo que tiene importancia, verdadera importancia, es lo que ha hecho con él hace dos meses. El señor Lercunchundi, que es un hombre capaz de jugarse hasta estas cosas de aquí de los ojos...

- Adela** Las niñas.
- Remuller** No, no; las niñas, no; pobrecitas más; esto otro de los parpados.
- Cándida** Las pestañas.
- Remuller** Gracias; las pestañas, las pestañas. Pues por causa de los juegos hizo un desfalco bastante abultado en esa Compañía resinera, a la que pertenece, y huyó de España, revelando a su esposa lo que sucedía.
- Adela** ¡Jesús!
- Remuller** La esposa, pobrecita, acudió lorando al señor Cuejvó; el señor Cuejvó repuso en la caja la cantidad desfalcada antes que la falta se descubriese, y como la familia había quedado de muy mala de eso, de muy mala... aquello; de muy mala... como se diga... postura.
- Beatriz** Posición.
- Remuller** Gracias. De muy mala poseción, de muy mala poseción, con criaturas angelitos, angelines pequeños, pequenines, el señor Cuejvó les manda todos los meses el dinero necesario para que vivan... ¡Oh! Pero nada les envía a nombre suyo; no; la buena obra de la caridad la hace a nombre de usted, señora; es usted la que lo hace todo. ¡Oh! Que yo he visto allí esta mañana un gran cuadro conmovedor. Un retrato de usted adornado con flores y luces y arrodilados delante de él cuatro nenes, niños pequeños, cantando:
Venid y vamos todos
con flores a doña Adela,
que como es para nuestra madre una madre,
es para nosotros una abuela...
(*Se seca una lágrima.*) ¡Me conmueve el recuerdo!
- Adela** (*Conmovida también.*) ¡Ay, Pepe!
- Remuller** Puedo asegurarle, señora, que en los años que llevo en «La Discreción», no he tenido un asunto como éste... A nosotros se nos encarga de descubrir estafas, chantages, adulterios; pero de indagar lo que hacen los santos, nadie nos había encargado hasta ahora, y el señor Cuejvó es un santo.
- Adela** Sí; tiene usted razón; yo no he recibido de él desde que me casé, nada más que pruebas de lealtad y de afecto, pero... ¡¡No!! Usted

mismo, señor Remuler, averiguó lo de la Cachitos y lo de la Charrana...

Remuller ¡Oh! Sí: ciertamente... pero son historias antiguas, y ya lo dice el refrán español: «Agua pasada... déjala correr»... ¿Quién no se ha encontrado con alguna Charrana en su vida? Dicen que San Paolo fué también una gran cabeza sin tuercas ni tornillos de esos, y acabó siendo nada menos que más que santo, porque fué... eso; lo que fueron los otros, aquellos... Aquel del galo... el de la cuerda que se ahorcó... ¡Apóstol! ¡Apóstol!

Adela ¡Ah! Sí. Y San Agustín...

Remuller De San Agustín no sé nada todavía. Como levo poco tiempo en España...

Juana *(Por el foro derecha.)* Señora... Ahí está la señorita Felisa.

Adela ¡Oh! Que pase.

Remuller *(Poniéndose de pie.)* Yo, con su permiso...

Adela Juana; acompañe a este señor...

Remuller Acompañeme, Juana. ¿Señoras?...

Adela Muy agradecida, señor Remuler: ha traído usted a mi espíritu una relativa tranquilidad.

Remuller Señora, lo digo delante de estas dos... *(Bajando la voz para que no lo oiga Juana.)* Está usted casada con un nuevo San Paolo: el pasado que ya pasó, tujbio, muy bastante tujbio; pero el presente, ¡oh! El presente, grande, colosalmente claro. Y el presente es lo único que vale. Del pasado le repetiré el bonito refrán español, que antes dije mal, porque no es «Agua pasada, déjala correr», no; eso es una tontería sin gran sentido; es así, de esta manera: «Agua que no has de beber, no mueve molino.» Buenas tardes. *(Se va por el foro, precedido de Juana.)*

Cándida Buenas tardes.

Beatriz ¡Qué modo de mezclar las cosas!...

Adela Tiene razón; me anima, me conforta, pero... ¿creéis vosotras, hijas mías, que debo tranquilizarme?

Cándida En análogo caso estamos nosotras, madre, y para nosotras se acabó ya la tranquilidad.

Adela Dices bien. *(Suspirando.)* ¡Ay!...

Felisa *(Entrando por el foro derecha.)* Hola.

Adela ¿Qué hacías, que no entrabas?

Felisa Estaba hablando por teléfono con Roque. Me suplicó que le avisase cuando estuvieseis to-

dos en casa, y como supe por Juana que daba esa casualidad...

Adela

Por Dios, Felisa, temo que Roque...

Felisa

Perdóname, Adela; pero tú en mi caso harías lo que yo. Roque ha sido vejado aquí por todos, por mí más que por nadie, y es justo que le demos una cumplida satisfacción.

Adela

Eso desde luego: lo creo un deber.

Felisa

¡Pobrecillo! ¡Lo que habrá sufrido! No veo la hora de entregarle mi mano para compensarle de tantos sinsabores. Desde que descubrí que era inocente, no duermo, ni como. El apetito se me ha cortado de raíz. Me pongo a almorzar, y el recuerdo de mi injusticia me cercena el almuerzo; me pongo a cenar, y me cercena la cena. ¡Pobre Roque mío! ¡Todos calumniándole y él era el único benemérito!

Beatriz

¿Y cómo descubriste la verdad? Porque éstas no me han contado los pormenores...

Felisa

Pues hija mía, en París, en los Bufos, presenciando el estreno de un vodevil bastante fresco titulado «Nuestra madre Eva padecía de varices». Yo llegué ya empezado, y al terminarse el primer acto, vi que en la butaca de junto estaba la que yo creí Elza Brothers, y que luego resultó Madame Chamblan.

Beatriz

También es casualidad.

Felisa

¿Verdad? Nos reconocimos, ella me preguntó por el sinvergüenza de Pepe Cuervo; me extrañó la pregunta, y charlando, charlando, descubrí al fin la verdad de lo sucedido. Claro que a ella no le dije nada para no quedar aún más en ridículo a sus ojos; de manera que ni siquiera pronuncié el nombre de Roque.

Adela

Hiciste muy bien.

Felisa

¡Si vieras qué mujer tan interesante!... Venía de Estocolmo, donde le había ocurrido una aventura, que pudo acabar trágicamente.

Cándida

¿Eh?

Felisa

Figúrate que se encontró allí con un español del que se hizo amiga y que por poco se le muere.

Adela

¡Mujer!

- Felisa** Cogió una pulmonía y estuvo desahuciado. Dice que pasó unos apuros asistiéndole... Menos mal que los dueños del hotel donde se hospedaba, el Hotel Polar, se portaron con ellos admirablemente.
- Beatriz** ¿Y al fin se salvó?
- Felisa** Se salvó, y para demostrarle su gratitud le ha ofrecido casarse con ella.
- Adela** ¡Por Dios! Con una mujer así...
- Felisa** El no sabe su verdadero nombre, o, mejor dicho, el que conoce es el verdadero. En Estocolmo se hacía llamar la viuda de Povelrel, porque, según asegura, ha estado casada de verdad. El de Ninon Chamblan es un nombre de guerra que, naturalmente, le ha ocultado...
- Adela** Pues serán felices hasta que descubra lo que ha sido su esposa.
- Pepe** (*Entrando en escena con BLAS y LUIS por la izquierda, primera puerta.*) Pero si están aquí, hijitos... ¡Oh! Felisita...
- Felisa** (*Secamente.*) Buenas tardes... (*Las cuatro mujeres no saben disimular el disgusto que las produce la presencia de los tres hombres. Blas y Luis, al ver esto, quedan expectantes, a la izquierda.*)
- Pepe** Nos extrañaba que no fuese nadie a presenciar nuestra partida, y dije a éstos: vamos a ver lo que les ocurre a esas señoras... (*Pausa y una gran tirantez.*) ¡Caramba, qué seriedad! ¿Sucede alguna desgracia?
- Adela** Sucede, Pepe, que ha llegado la hora de la claridad.
- Pepe** (*Rendidísimo.*) A tu lado siempre está amanecciendo para mí, Adela.
- Adela** Déjate de flores; no es hora de flores, Pepe.
- Pepe** Aunque así lo creas, para ti llevo yo siempre una flor en los labios y otra en la «boutonniere».
- Adela** Sella la de los labios, en un momento tan grave como éste.
- Pepe** ¿Eh?
- Adela** Conocemos tu historia y la de... esos, día por día. Sabemos todos vuestros engaños, todas vuestras perfidias, y nos consideramos las tres mujeres más infelices de la tierra. (*Solloza. Cándida y Beatriz sollozan también.*)

- Pepe** ¡Adela!...
- Adela** No te acerques.
- Blas** Señora, si conoce usted nuestra historia día por día, sabrá que desde hace un año soy el más fiel y el más amante de todos los maridos...
- Luis** Y sabrá usted que yo, desde mi enfermedad, no he cometido acto alguno que pueda sonrojarme...
- Adela** Allá vosotros con vuestras esposas y con vuestras conciencias. En este momento hay algo que pesa más sobre la mía.
- Pepe** ¡¡Adela!!...
- Cándida** (A su marido, que se le ha acercado suplicante.) ¡Déjame, Blas!
- Beatriz** (Idem, a Luis.) ¡No intentes convencerme!...
- Blas** Por nuestro hijo te juro... (Sigue hablando.)
- Luis** Escúchame, Beatriz... (Habla con ella.)
- Pepe** (A Adela, cómicamente afectado.) ¡Quisiera tener el pecho de cristal!
- Adela** (Dolidísima.) ¡Ay, Pepe!...
- Pepe** Ahora hablaremos.
- Cándida** (Que no quiere oír más a Blas.) ¿Vienes a eso, Felisa?...
- Felisa** Comprendido. Vamos adonde gustes. (¡Ahora soy yo la feliz y ellas las infortunadas!)
- Cándida** (A Blas.) ¡Déjame, déjame!... (Se va con Fernanda por el foro derecha.)
- Blas** (Haciendo mutis tras ellas.) Te juro, Cándida, que si antes he sido lo que he sido, fué por culpa de ese loco de Luis... (Mutis.)
- Beatriz** Voy también con ellas... (Inicia el mutis.)
- Luis** (Tras ella.) Te aseguro que yo era bueno; pero ese sinvergüenza de Blas... (Se van los dos por el foro derecha.)
- Pepe** (A Adela, que hace intenciones de marcharse.) ¡No! Adela, no!
- Adela** ¡Pepe!
- Pepe** Te lo suplico. Escúchame... aunque sea por última vez. Antes de que nos separemos debemos tener una explicación.
- Adela** ¿Separarnos?
- Pepe** Sí. Después del agravio que acabas de inferirme, no puedo dignamente continuar a tu lado.
- Adela** ¿Eh?
- Pepe** No debo proseguir donde se me maltrata.

- Adela** ¿Pero vas a resultar tú el ofendido?
- Pepe** Sí, Adela, sí. Si los informes que de mí tienes son fidedignos...
- Adela** Lo son.
- Pepe** Sabrás entonces que desde el día de mi boda no enturbia mi conciencia ni el más ligero pecado venial.
- Adela** Sé que has sido un marido fiel, un caballero intachable y un administrador excelente; pero...
- Pepe** ¿De qué te quejas entonces? ¿Con qué derecho quieres penetrar en mi vida pasada?
- Adela** Con el derecho que me conceden tus engaños y tus hipocresías.
- Pepe** ¡¡Adela!!
- Adela** Sí; te presentante ante mí como un santo y eras un liberdino.
- Pepe** ¡Ea! ¡Fuera caretas!... ¡Basta de farsas!... Basta también de hipocresías, porque es ahora, cuando una modestia mal entendida me obliga a ser hipócrita. ¡Sí! Me presenté a tus ojos como un santo... ¡¡porque lo era!!
- Adela** ¿Tú?... ¿Un santo, tú?
- Pepe** Sí, yo; ¡yo! Eso es patente, paladino y palmario.
- Adela** No intentes seguir engañándome, porque es inútil... Conozco tu historia de conquistador, Pepehillo... Pepitaina... Pepitorio... ¡¡Don Líquido!!
- Pepe** (¡Atiza!)
- Adela** Me has destrozado el corazón, me has hecho desgraciada para siempre. ¡Veté, vete!... ¡¡Don Líquido!!...
- Pepe** Tratas de recriminarme arrojándome al rostro ese apodo canallesco, y no haces más que recordarme el más glorioso de mis triunfos.
- Adela** ¿Qué dices, Pepe?
- Pepe** (Mirándola con lástima.) ¿No has comprendido aún, pobre mujer?... (Elevando los ojos a la altura.) ¡Señor, Señor... Perdónala, como yo la perdoné!...
- Adela** ¿Eh?
- Pepe** (Como antes.) ¡La adoro y anhelo su bien; por eso hago a su nombre todas mis buenas obras!... (Queda un momento mirando a la altura y moviendo nerviosamente los labios, como si rezara.)
- Adela** (Algo sobrecogida, desconcertada, porque la

- Pepe** *tranquilidad de Pepe es como para desconcertar a cualquiera.)* No te entiendo, Pepe... *(En tono de gran superioridad y de gran protección.)* Oyeme, Adela mía; te seré franco. Yo no me fijé en ti por ti misma, sino por tus yernos; ví en ellos dos hermosos corazones, pero dos cerebros extraviados, y me propuse regenerarlos, como lo he conseguido con la ayuda del Cielo.
- Adela** *(Asombrada.)* ¿Pero?...
- Pepe** Para desarrollar mi plan era preciso que me casara contigo. ¿Qué importaban los medios si el fin era beatífico? Luego... te adentraste en mi alma, luego te adueñaste de mi razón...
- Adela** ¡Pepe!...
- Pepe** Brotó en mí esta mezcla de pasión y de amistad, este amor de Otoño, amor de octubre, el mes más bello del año: el de las hojas amarillentas, el del ambiente tibio, el de los atardeceres poéticos, el de los crepúsculos melancólicos...
- Adela** ¡Pepe!
- Pepe** Luego nos casamos, y logré, con el favor de Dios, nuestra felicidad y la salvación de esas dos almas, porque Blas y Luis, gracias a mi persuasión y a mis consejos, y a mi ejemplo, son ahora lo que antes aparentaban ser: dos buenos cristianos.
- Adela** *(Abismada.)* ¿Pero, entonces, tú?... ¿Tú?...
- Pepe** ¿No lo has comprendido? *(Humildemente, bajando los ojos.)* Soy catequista.
- Adela** ¿Eh?
- Pepe** De la Segunda Internacional Católica de la catequesis hispanofrancesaamericana. Esas mujeres, de las que te habrán hablado sin duda: la Lunares, la Cachito, la Charrana... *(Suspirando.)* ¡Ay! No eran más que ovejas descarriadas llevadas por mí a los senderos de la perfección... ¡Cuánto sufría para conseguirlo!... ¡Qué horribles bacanales!... ¡Qué festines aquéllos!... Pero triunfaba siempre. Una sola mujer supo resistir a mis súplicas y a mis artes: Ninon de Chamblan.
- Adela** Precisamente esa Ninón... *(Voces destempladas dentro.)* ¿Eh?
- Pepe** ¿Qué ocurre? ¿Quién se atreve?... *(Se dirige hacia el foro.)*

- Adela** (¡Dios mío, haz que yo crea ese infundio de la catequisis, porque me tiene loca!) (*Contemplándole bobicaída.*) (¡Lo que me gusta!) ¿Qué sucede, Pepe?...
- Pepe** (*Desde el foro y destilando mieles.*) No sé, vida mía. Alguien que discute tempestuosamente... Aquí se acercan... (*Al ver a Roque.*) (¡Aprieta!) (*Por el foro derecha entran en escena FELISA, CANDIDA, BEATRIZ, BLAS, LUIS y ROQUE. Todos un poco alterados.*)
- Blas** ¿Pero es que viene usted a promover un escándalo?
- Roque** Vengo a lo que vengo... eso es y ya está dicho. (*Inclinándose ante Adela.*) Señora...
- Felisa** ¡Por Dios, Roquito, tranquilízate!
- Roque** Perdón, Adela; pero vengo excitado, un poco descompuesto; excitado, lo que diríamos... excitado. No he de salir de aquí sin que se reconozca en tu presencia la calumnia infame de que me han hecho víctima estos... señores.
- Blas** ¿Esas palabras?
- Roque** Se las traga usted... eso es.
- Blas** ¿Es una amenaza?
- Roque** Puede tomarlo como guste.
- Luis** Caballero: su conducta no es correcta. Está usted en nuestra casa.
- Roque** ¡No admito lecciones!
- Luis** Pues las necesita.
- Roque** ¿Eh?
- Felisa** ¡Por Dios, calma; un poco de calma!... (*A Roque.*) No hagas que me arrepienta de haberte contado...
- Blas** Delante de señoras no pueden ventilarse ciertas cuestiones, caballero. Si quiere usted que ventilemos nuestro asunto, venga usted con nosotros y...
- Roque** No he de caer en nuevos lazos... eso es. La explicación ha de tener lugar delante de Felisa, a cuyos ojos... eso es, a cuyos ojos, sí, sí... me han desacreditado injustamente, haciéndome perder... eso; haciéndome perder su confianza y su amor... y su amor... eso es. ¡Más infundios, no!
- Blas** ¡Señor Zaldívar!... Recibirá usted mis padrinos.
- Felisa** ¿Eh?

- Cándida** ¡Ay!
- Adela** ¡No!
- Beatriz** ¡Blas!
- Roque** (*Un poco asustado.*) ¡No los recibiré! (¡Carāmba!)
- Pepe** ¿Qué dices, Blas? ¿Tú, ofendiendo a Nuestro Señor? ¿Tú, en trance de ser excomulgado?... Humíllate, confiesa la verdad y presenta tus excusas a este caballero por el mal que le causaste aquella tarde, cuando equivocadamente creíste hacerme un beneficio librándome de las asechanzas de Madame Chamblan, aquella desgraciada a quien intenté inútilmente atraer a la senda de la virtud.
- Felisa** (*Extrañada.*) ¿Qué dice?...
- Adela** (*A Felisa, muy convencida.*) Sí, Felisa; ya está todo en claro... (*Por Pepe.*) Es catequista.
- Felisa** ¿Catequista?...
- Adela** De la Segunda Internacional Católica hispanofrancesaamericana.
- Luis** (¡Es grande!)
- Cándida** (*A Beatriz.*) Mamá se las traga como puños.
- Pepe** Señor Zaldívar: tiene usted mucha razón. Blasito engañó a Felisa, haciéndole creer que era usted un libertino, cuando le constaba, como me constaba a mí, que usted, desde que se puso en relaciones con ella, había roto todos los lazos que le ligaban a su vida anterior.
- Roque** Muy cierto.
- Pepe** Y guardaba a Felisa, aunque todavía no era su esposo, la más pura de las fidelidades.
- Roque** Ciertísimo. Y diré más... eso es. Diré, sí, diré muy alto, que esa fidelidad he seguido guardándosela.
- Felisa** (*Conmovida.*) ¡Roque!
- Roque** Sí, sí..., porque después de... eso; después de haberme asomado a tus ojos, que es asomarse a la felicidad, a la... eso es, a lo que llamáramos la felicidad, no puede uno asomarse ya a ninguna parte.
- Felisa** ¡Roque!...
- Roque** Sí, Felisa; creíste la calumnia, me arrojaste de tu lado y yo he seguido siendo fiel a tu recuerdo... eso es. Te juro que ninguna

- otra mujer ha ocupado ni un instante mi corazón.
- Felisa** ¡Gracias, Roque!... ¡Roquito!
- Roque** Llámame Rosquete, como entonces... (*Felisa le hace un gesto mimoso.*)
- Blas** (*A Roque.*) Le suplico que admita mis excusas por aquella superchería y por mi soberbia de hace un momento.
- Pepe** Así, así, Blasito.
- Felisa** (*Suplicante.*) ¡Roque!
- Roque** (*Alargando una mano a Blas.*) Sí, sí... Los dos sois mis amigos... (*Alarga la otra mano a Luis.*)
- Blas** Gracias.
- Luis** Muchas gracias.
- Roque** (*A Pepe.*) Y para usted, señor don Pepe Cuervo, que con tanto tino aconseja, mis brazos. (*Abrazando a Roque.*) ¡Oh!... ¡Me conmueve su rasgo, señor Zaldívar!
- Pepe** Nosotros nos casaremos en seguida y nos iremos por ahí, lejos, muy lejos...
- Felisa** ¿Adonde tú quieras.
- Roque** A Estocolmo.
- Felisa** ¿Eh?
- Roque** Me han dicho que es precioso, y tengo muchos deseos de conocerlo.
- Felisa** Sí, no es feo, no; pero tengo yo tan mal recuerdo de Estocolmo...
- Roque** ¿Has estado en él?
- Felisa** El verano pasado... eso es, Cogí allí una pulmonía y por poco me muero... Figúrate, yo solo...
- Roque** (*Con viveza.*) ¿En el Hotel Polar?
- Felisa** En el Hotel Polar.
- Roque** ¿En el cuarto ciento nueve?
- Felisa** En el cuarto ciento nueve. Pero, ¿cómo sabes?...
- Roque** ¡Ay!... ¡Dios mío!... ¡El!... ¡¡Era él!!
- Felisa** ¿Eh?
- Roque** ¡Canalla!... ¡Vete!...
- Felisa** ¡¡Felisa!!
- Roque** ¡Ay, Adela de mi alma!... ¡¡Era él!!
- Felisa** ¿Pero qué dices?
- Roque** ¿Vas a negar que tienes relaciones con Madame Polverell, por otro nombre Ninón de Chamblan?... ¡Ay! Amparadme... (*Cae en una silla asistida por Adela, Cándida y Beatriz.*)

- Roque** Es que tengo desgracia y mala pata... eso es; mala pata; lo que diríamos mala pata.
- Pepe** (A Roque.) Es ahogarse en la orilla, amigo mfo.
- Roque** Y, sin embargo, no soy tan fresco como ustedes.
- Pepe** Conforme; pero los hay con la sombra del manzanillo.
- Roque** ¡Bah! Yo me haré catequista, como usted; ahora haré un poco de comedia, unas lágrimas a tiempo..., ¿eh?
- Pepe** Y, sobre todo, que el nombre de Ninón no vuelva a sonar en sus oídos.
- Roque** Eso, desde luego. Verá usted qué despedida... (Llorando.) Buenas tardes... Me voy a llorar a otro lado... Aquí mis lágrimas harían reír... ¡Adiós!... (Equivocándose y metiendo la pata.) ¡Adiós..., Ninón!... ¡Mala pata! ¡Mala pata! (Adela da un grito, él se da una bofetada y cae el—Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

The first part of the book is devoted to a general
 introduction to the subject of the history of
 the world. It is divided into three parts, the
 first of which is devoted to the history of
 the world from the beginning of time to the
 present. The second part is devoted to the
 history of the world from the present to the
 future. The third part is devoted to the
 history of the world from the future to the
 present.

INDEX

The index is divided into two parts, the first of
 which is devoted to the names of the authors
 and the second to the names of the subjects.
 The names of the authors are arranged in
 alphabetical order, and the names of the
 subjects are arranged in alphabetical order
 under each author's name.

Obras de Pedro Muñoz Seca

- Las guerreras*, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
- El contrabando*, sainete. (Undécima edición.)
- De balcón a balcón*, entremés en prosa. (Tercera edición.)
- Manolo el afilador*, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
- El contrabando*, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
- La casa de la juerga*, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
- El triunfo de Venus*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
- Una lectura*, entremés en prosa. (Segunda edición.)
- Celos*, entremés en prosa. (Tercera edición.)
- Las tres cosas de Jerez*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
- El lagar*, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
- A primera fila*, entremés en prosa.
- El niño de San Antonio*, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Floriana*, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
- Los apuros de Don Cleto*, juguete cómico en un acto.
- Mentir a tiempo*, entremés en prosa.
- El naranjal*, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- Don Pedro el Cruel*, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- El fotógrafo*, juguete cómico en un acto.
- El jilguerillo de los Parrales*, sainete en un acto.
- La neurastenia de Satans*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
- Mari-Nieves*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Tentaruja y Compañía*, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- ¡Por peteneras!*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
- La canción húngara*, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.

- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa. (Tercera edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La niña de las planchas, entremés lírico. (Segunda edición.)
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de La Jarosa, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La Conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa. (Segunda edición.)
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición.)

Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

De rodillas y a tus pies, entremés. (Segunda edición.)

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K³, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

- La mujer*, paso de comedia.
Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Sanjuán y Samp Pedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)
El Castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)
La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
El Fresco del Fuego, entremés.
El ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
La señorita Angeles, comedia en tres actos.
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos.
El Goya, juguete cómico en dos actos.
Los frescos, comedia en tres actos.
-

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

Precio: 3,50 pesetas